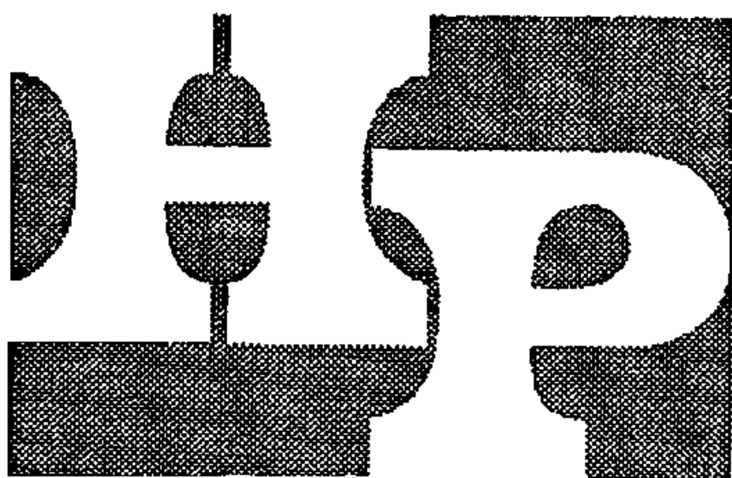



BOLSILIBROS BRUGUERA

# Silver Kane

# LA MUERTE RESIDE EN TEXAS





# Héroes de la PRADERA



# Silver Kane

# LA MUERTE RESIDE EN TEXAS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.171
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTA · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

*ISBN 84-02-02524-2*

*Depósito Legal B 7477-1973*

*Impreso en España - Printd in Spain*

*1.º edicción: abril, 1973*



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# CAPÍTULO PRIMERO

—¿Todo listo, Wagner?

—Todo listo, *sheriff*. Los hombres están dispuestos.

Los ojos de los que habían hablado otearon la noche. Por oriente estaba amaneciendo ya, y el paisaje presentaba una lividez un poco irreal, que daba frío.

—Es lo único que faltaba para amenizar nuestras vidas, Wagner. La guerra… y esto.

El ranchero miró al *sheriff* a través de la oscuridad. Los dos eran de parecida edad, unos cuarenta años, y tenían tan duros como la roca los músculos y el genio. Habían llegado a Texas mucho tiempo atrás. Y aunque Texas les gustaba la consideraban una tierra maldita. Tierra para morir y matar… Hasta dentro de veinte años —pensaban a veces— los seres humanos no podrían vivir allí.

—¿Cuántos hombres ha apostado junto al río?

—Quince. Son más que suficiente. Y hay ocho más en la casa.

—¿Ha calculado usted cuántos granujas forman la banda de Dawes?

—Unos siete. Si no recelan nada serán eliminados a los primeros disparos.

—Ha sido una suerte obtener ese soplo, *sheriff*. De haber atacado por sorpresa, como era su proyecto, nos habrían arrollado. Tengo doce hombres en mi rancho, pero doce hombres dormidos no sirven de gran cosa.

—Sí.

El *sheriff* arrastró la palabra. Sus ojos dieron inquietos otra vuelta al horizonte, y al fin se posaron en un punto preciso.

—¡Mírelos, Wagner! ¡Ya están ahí!

El ranchero tiró de su rifle y comprobó si estaba cargado. Luego

se volvió para mirar hacia atrás. Un joven de unos veinticuatro años se había acercado a él, gateando por debajo de las tablas del porche en que el *sheriff* y Wagner se hallaban situados.

—Lótimer…

—Diga, patrón.

—Sitúate junto a la puerta del dormitorio de Elsa y guárdalo. Si las cosas fuesen mal dadas, es ése el sitio que tiene que estar mejor protegido. En ti confío, muchacho.

El otro sonrió en la oscuridad y se alejó gateando. Lótimer era el hijo de un rico ganadero, y hasta poco tiempo atrás había estudiado en San Francisco. Pero, más amigo del revólver que de otra cosa, había matado a un hombre. Salvado gracias al dinero de su padre, ahora estaba en Texas, frontera con Nuevo México, en el rancho de Wagner, «aprendiendo a ser un hombre de bien». Si lo aprendía o no, era cosa que faltaba comprobar. Llevaba sólo cuatro meses en el rancho. Y aunque llamaba «patrón» a Wagner, viejo amigo de su padre, nadie hubiera podido decir aún si esto obedecía a respeto auténtico o a un simple formulismo.

El *sheriff* preparó también su rifle. El era el encargado de dar la señal, y había llegado el momento.

El disparo se expandió en el aire. Y aún no se habían extinguido sus ecos cuando una verdadera salva retumbó a unos cincuenta pasos, junto al riachuelo que en este momento estaban cruzando unos ocho jinetes. Sorprendidos, asustados, los caballos de éstos se encabritaron en el agua. Tres hombres cayeron, ya mordidos por el piorno a la primera descarga. Los cinco restantes, adivinando que la sorpresa había fallado, volvieron grupas. Fue un individuo alto, joven, montado en un caballo completamente negro el que lo ordenó. Pero los asaltantes no contaban con que el «teatro» había sido preparado hasta sus últimos detalles. Cuando descruzaban el riachuelo, y desde unos matorrales situados a la otra orilla, les saludó una verdadera granizada de plomo.

Otros dos hombres cayeron. Los tres restantes no podían avanzar ni retroceder. Por un segundo se preguntó el *sheriff* qué diablos harían. Y entonces los de Dawes, dando nuevas muestras de la decisión que los había hecho famosos, se lanzaron al ataque contra el rancho. Lógicamente, y ya que la sorpresa estaba tan bien preparada, un poco más allá debía de haber jinetes prestos a

deshacerles cuando huyesen. Y, morir por morir, Dawes prefirió hacerlo atacando.

Ver atacar a cuerpo descubierto a aquellos tres hombres fue un poco irreal, fue como un extraño sueño. Los tres, abiertos en guerrilla y vomitando plomo se lanzaron al galope contra el rancho. El *sheriff*, mientras cargaba de nuevo su rifle, no pudo evitar decir:

—A veces me he preguntado dónde aprendieron a atacar esos tipos. ¿Y sabe a quién me recuerdan, Wagner?

—¿Crees que voy a preocuparme de pensar en eso?

—Me recuerdan a la caballería del Norte. Parecen soldados sometidos a disciplina. Diríase que llevan una bandera.

—La del robo y la del pillaje; ésa es su bandera. Y no son soldados, *sheriff*; son granujas.

Los dos hombres habían podido sostener esta breve conversación mientras los jinetes se acercaban. Sobrepasada ya la línea de tiradores que los habían recibido junto al río, los jinetes debían enfrentarse ahora con los defensores del rancho. Y el *sheriff* no tuvo la menor duda de que la primera descarga barrería a los tres.

—¡Disparad ahora! ¡Todos!

Sería gloria verlos caer rodando como tres pelotas sin aire. Por unos segundos, el *sheriff* se creyó un general dirigiendo una batalla ya ganada de antemano. Por eso se permitió el lujo de exigir gloriosamente una descarga conjurita. Pero fue un error.

Los tres hombres se arrojaron al suelo, sin aminorar la fantástica velocidad de los caballos, al oír la voz del *sheriff*. La descarga, casi simultánea, pasó aullando por encima de sus cabezas. Dos de los caballos relincharon, tocados; el negro que montaba Dawes dio un fantástico salto y se perdió por un lado del rancho.

Los tres hombres rodaron por el suelo, en la oscuridad y por unos instantes se les perdió de vista.

—¡Quietos! ¡No disparéis!

Los hombres de Dawes estaban tan perdidos como un cerdo en la cocina de un regimiento sitiado. Pero había que esperar a verlos moverse y acribillarles uno a uno.

Los tres, sin embargo, parecían serpientes. Durante largos minutos, a pesar de que indudablemente se estaban arrastrando por el suelo, frente a las mismas narices de los defensores, ninguno de éstos los vio. Sólo al cabo de un tiempo increíblemente largo fue

posible descubrir al primero; estaba a la izquierda del porche, y una bala disparada a boca de jarro le atravesó la cabeza.

Entretanto, en el piso superior del rancho, Lótimer había llegado junto a la puerta del dormitorio de Elsa Wagner, la hija del patrón. Pero en lugar de quedarse guardándola como le habían ordenado, se puso a escuchar con oído pegado a la hoja de madera. Y hasta los disparos y los gritos de los que defendían la casa dejaron de ser a partir de aquel momento cosas importantes para él.

Bisa estaba levantada. Oía sus pasos nerviosos de un lado a otro del dormitorio y hasta, en los momentos de silencio que precedieron a los últimos disparos, el roce insinuante de su bata de seda. Lótimer se puso a sudar y sintió que le castañeteaban los dientes.

Elsa nunca cerraba la puerta. Todos cuantos vivían en el edificio principal del rancho eran tan adictos que nada podía temer; los cow-boys, entre los que figuraba Lótimer, dormían en un edificio aparte. Pero ahora Lótimer estaba allí, y en un momento en que nadie podía preocuparse de vigilarle.

Apretando los labios, dio vuelta al pomo de la puerta y abrió ésta bruscamente. Elsa estaba ciñéndose mejor la bata, ahogó un grito al verle entrar.

—¡Tú!

Elsa tenía veintiún años. Era morena, alta, dueña de un rostro juvenil y gracioso y de unas formas que hacían parpadear a los hombres. En este momento vestía una bata negra entreabierta, y ello, junto a la expresión de asombro que se había adueñado de su rostro, la hacían parecer doblemente hermosa.

—¡Tú! —repitió—. ¿Qué haces aquí, Lótimer?

El se apoyó en la puerta, que acababa de cerrar otra vez. Respiraba ansiosamente.

—¿Hace falta que te lo diga?

A Elsa no le gustó la expresión del joven. No le gustó nada. Y haciendo un agilísimo movimiento trató de abrir el cajón superior de su mesilla, donde su padre la había acostumbrado a guardar un revólver. Pero Lótimer fue más rápido, y de un seco manotazo la hizo caer sobre el lecho.

—¡No me gustan las bromas, Elsa!

La muchacha cerró los dedos sobre el cobertor. Lanzó un grito

pidiendo socorro, pero en aquel momento una granizada de disparos impidió que alguien la oyera fuera de la habitación. Lótimer se inclinó un poco.

Se indignó un poco más. Elsa levantó ambos brazos, pero supo desde el primer momento que todo sería inútil.

—¿Hago falta, hermana?

La voz había sonado junto a una de las ventanas. Lótimer y Elsa dirigieron en el mismo instante sus ojos hacia allí y, también al mismo tiempo, ambos sufrieron una especie de sacudida. El hombre que había aparecido en la ventana tenía un rostro muy conocido a través de los carteles en todos los rincones de Texas: ¡Fred Dawes, el forajido!

Lótimer no era cobarde ni ignoraba cómo se manejaba un revólver. Pasado el primer instante de asombro, pues lo ocurrido era tan incomprensible para él como para la misma Elsa, hizo un ágil quiebro de cintura y «sacó». Dawes, apoyándose en la ventana, hizo un suave movimiento con el codo. Su revólver disparó directamente contra la funda de Lótimer, y cuando éste extrajo el «Colt», el cañón ya estaba partido en dos. Su movimiento para hacer fuego fue una especie de parodia ridícula.

—Repito: ¿hago falta, hermana?

Elsa se incorporó, cubriéndose mejor con la bata.

Había visto a Dawes muchas veces en los carteles del *sheriff*, pero jamás hubiese supuesto que pareciera tan joven y tuviera un aspecto tan despreocupado. La muerte que le rodeaba por todas partes, el fracaso del golpe y la destrucción de su banda no parecía haber alterado el más pequeño de sus nervios. Estaba tan tranquilo como uno que ha perdido una importante partida de naipes y no tiene con qué pagar, ni le importa.

—Oí decir cierta vez que eras un Soco, Dawes —exclamó Lótimer con voz sorda—, pero no creí que tu locura llegase a tanto. ¡Dentro de cinco minutos saldrá el sol, pero tú no llegarás a verlo!

Mientras hablaba, alcanzó el jarro de agua que había sobre la mesilla de Elsa y lo lanzó con un rapidísimo movimiento, despreciando el peligro que para él significaba el revólver cargado de Dawes. Éste, sorprendido por la rápida maniobra, cerró los ojos al sentir que el jarro se rompía en su cara. Cuando los abrió, Lótimer ya estaba encima de él. Un fulminante gancho al mentón lo

envió contra la ventana por la que un minuto antes entrara, faltando muy poco para que el forajido saliese despedido por ella. Lótimer, ante lo afortunado de este primer golpe, lanzó un alarido de triunfo.

Dawes tenía el revólver en la mano, pero no lo empleó. Había tenido suerte cuando pasó inadvertido su primer disparo, confundido con el crepitar incesante de los rifles, pero ahora el silencio se había hecho en torno al rancho, y una nueva detonación le pondría en evidencia. Aunque él se había metido en la boca del lobo, aquel dormitorio era por el momento su único refugio. De modo que respondió con los puños a la agresión de Lótimer.

Nuevamente fue desafortunado. Los dos puños del joven le alcanzaron de lleno en la mandíbula, en un impresionante uno-dos, y Dawes salió despedido hacia atrás. Esta vez sus espaldas chocaron violentamente contra la pared y todos sus músculos parecieron sufrir una sacudida.

—Eres muy valiente, Dawes… Lo estás demostrando ahora.

El forajido se pasó una mano por los labios, de donde manaba sangre. Notó que una suave neblina gris comenzaba a invadirle los ojos.

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

Lótimer encajó mal la ironía. Dawes era en realidad tan joven como él, y además no había perdido su aspecto risueño, que le hacía parecer un bromista.

—Me llamo Jess Lótimer. Y sé tratar a los granujas como tú. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Nuevamente su mano se movió con una fulgurante rapidez. Ahora fue una banqueta lo que lanzó, sin que Dawes tuviera apenas tiempo de verla. El mueble fue hacia su cabeza, haciéndole tambalearse. Y entonces, aunque fuese una reflexión inútil, se dio cuenta de por qué Lótimer luchaba con más serenidad y eficacia que él. El tiempo trabajaba a favor del joven Jess, que esperaba recibir auxilios de un momento a otro, mientras que él no podía evadirse a la sensación de que estaba acorralado, aunque su rostro no lo demostrase.

Confirmando estos pensamientos, Lótimer alcanzó una segunda banqueta y la lanzo también, pero ahora contra los cristales de la

ventana. Éstos saltaron hechos añicos, produciendo un estrépito que debió de oírse en todo el rancho.

—Ahora debería disparar, hijo mío —susurró Dawes—. Ya has dado la alarma…

Levantó su revólver y, sonriendo, lo introdujo en la funda con un seco movimiento. Luego, bruscamente, pasó al ataque. Fue la sensación de que estaba todo perdido lo que le dio fuerza para jugarse la vida a una carta. Si quería defenderse, tenía primero que eliminar a Lótimer. Y sus puños se movieron como catapultas, golpeando en fracciones de segundo el rostro del enemigo.

Elsa había asistido asombrada a aquella sucesión de increíbles escenas, sin atreverse a moverse del lecho, donde aún continuaba. Vio ahora cómo Lótimer recibía los impactos en pleno rostro, y cómo sus dos cejas saltaban casi a la vez, mordidas por los nudillos de Dawes. Pero el hombre que había dicho amarla reaccionó de una forma inesperada y contundente. Inclinando la cabeza, se lanzó en tromba sobre el estómago de Dawes, quien retrocedió, acusando el golpe.

—¡Ya estás perdido!

Lótimer pasaba al ataque, moviéndose como una exhalación. Pero Dawes no se dejó sorprender. Detuvo con los puños un directo a la cara. Luego con los codos, bajando un poco los brazos, un rodillazo dirigido a su vientre. Movió sus piernas, haciendo una finta que desorientó a su enemigo, y le asestó dos demoledores puñetazos al mentón. Lótimer cayó de espaldas al suelo, tropezando su cabeza con la puerta.

—Levántate.

En lugar de hacerlo, Jess se lanzó a los pies de su antagonista, en un audaz intento para derribarle. Pero Dawes no se dejó engañar. Su bota se aplastó contra la cabeza de Lótimer, dejándole medio exánime a los pies del lecho donde Elsa lo contemplaba todo con ojos asombrados. Medio exánime solamente, porque Lótimer, aún no vencido, intentó incorporarse otra vez. Dawes mismo le ayudó, levantándole por la camisa, y anticipándose al movimiento de su enemigo para arrebatarle el revólver, le propinó un cruzado a la sien que lo envió definitivamente a la región de los sueños.

—¡Salvaje!

Era Elsa la que había hablado. Dawes se volvió un poco y la

miró con toda la detención que las circunstancias permitían. Creía haber visto mujeres hermosas a lo largo de su peregrinar por todas las regiones del Sur, pero tal vez Elsa era la más fina y tentadora de cuantas conociera.

—¿Quién eres tú? ¿El hada madrina de este rancho?

Elsa alzó el busto orgullosamente.

—Soy Elsa Wagner, la hija del propietario. Lamento que mis amigos hayan de estar aquí dentro de dos minutos. Perderá usted una buena ocasión para raptarme y exigir un rescate.

Dawes sonrió, mientras extraía su revólver y hacía rodar el cilindro.

—Cierra los ojos, hermana…

Abrían ya la puerta. Dawes esperó a que lo hicieran por completo y entonces disparó contra las piernas del hombre que había aparecido en el umbral. Uno de los agentes del *sheriff* cayó al suelo lanzando una maldición. Detrás apareció otro, con un rifle, y Dawes lo hizo caer también de un balazo al hombro. Luego cerró la puerta de un puntapié. Estaba más acorralado que un gato cojo.

—Puede defenderse empleándome como escudo —barbotó Elsa con desprecio—. ¿No se le ha ocurrido, cobarde?

—¿Como escudo? ¿Sirven para eso las ratitas blancas?

Elsa, lanzando un chillido de rabia, trató por segunda vez de alcanzar el revólver que descansaba en el cajón de su mesilla. Dawes lo impidió cerrando aquel cajón de un puntapié y Elsa quedó con la mano dentro. La muchacha lanzó un grito de dolor y la sacó vacía, con todos los dedos crispados.

—No me gustan las bromas, hermana.

Se oían ruidos tras la puerta, pero al parecer, nadie se atrevía a disparar para no herir a Elsa. El grito de ésta debió de ser mal interpretado por el viejo Wagner, porque se le oyó rugir:

—¡Sal de ahí, cobarde! ¡Defiéndete como un hombre, si alguna vez lo has sido!

Dawes miró a su alrededor. Claro que tenía que salir de allí, pero no pensaba hacerlo por la puerta. Sus ojos se posaron en, la ventana, bajo la cual, sin duda habría también hombres aguardándole. Mas no podía elegir.

—Lo siento, hada madrina. Tendrá que darme esa bata. ¡Y habrá de ser ahora mismo!

Elsa, dominada por la ira, trató de resistirse. Pero vio un brillo tan especial en los ojos del forajido que no se atrevió a contradecirle. Se despojó de la bata quedando en ropa interior. A pesar de que en estas circunstancias la muchacha tenía muchas cosas que contemplar, él no le dirigió una mirada siquiera.

Arrojó la bata por el balcón. Inmediatamente dos disparos resonaron abajo y las balas atravesaron la ropa. El tenía que saltar antes que sus enemigos modificasen la posición de los revólveres. Como un fardo, se dejó caer, sin sujetarse a la enredadera que le había servido para trepar hasta allí. Elsa oyó maldiciones y el ruido de los pies de Dawes al caer sobre las tablas. Luego un disparo y un grito de dolor.

—¡Cuidado! ¡Se escapa!

La muchacha se asomó a la ventana, vencido por completo su temor. Vio abajo a un hombre herido y a otro que se acariciaba estúpidamente la cabeza, donde sin duda acababa de recibir un culatazo. Dawes corría hacia una esquina del rancho, protegido por las sombras. Vio salir de entre dos edificios a un hermoso caballo negro.

En aquel momento se abrió la puerta. El viejo Wagner rodeó con sus brazos a la joven.

—¡Elsa! ¿Te ha hecho algún daño? ¿Estás herida o…?

—¡No perdáis tiempo hablando! ¡Ese hombre huye!

Wagner y el *sheriff* asomaron casi al mismo tiempo sus cabezas por la ventana. Sólo alcanzaron a ver la grupa de un caballo negro que salía disparado hacia los farallones rocosos del Oeste.

—No hay miedo, no irá lejos. Todo está vigilado. Daremos una batida y antes de la noche habrá caído en nuestras manos.

El *sheriff* hizo una pausa, frotándose la barbilla.

—Ahora está solo. Todos sus hombres han muerto.

# CAPÍTULO II

El rancho Wagner estaba situado al oeste de Texas, casi en la frontera con Nuevo México. La población más próxima era un villorrio llamado simplemente Met. Unas diez millas más allá estaba la tumultuosa población fronteriza de Dog Valley, donde se daban cita todos los pistoleros y todas las mujeres atrevidas. El primer pensamiento del *sheriff* Wallace fue que Dawes se había encaminado hacia allí, y así se lo dijo a Wagner.

—Emplearé el telégrafo para prevenir a los de Dog Valley. La línea pasa por Met, y me será fácil. Aunque, la verdad, Dawes estaría loco si se metiera en un sitio así, donde cualquiera puede conocerle.

—Dawes es un loco. Aparte dar el aviso, creo que la primera batida debiera ser en esa dirección. Al fin y al cabo, yo vi cómo se dirigía hacia los farallones rocosos del Oeste…

Y la batida se dio en dirección a Dog Valley, participando en ella quince hombres. Pero todos regresaron antes de la noche, llenos de polvo y con variadas expresiones de desaliento. No sólo no habían encontrado a Dawes, sino que también había sido imposible descubrir la menor de sus huellas.

—Ha habido una tempestad de arena —gruñó el *sheriff* Wallace —. Eso es lo que ha borrado su rastro.

A la mañana siguiente, partieron grupos de cinco hombres en distintas direcciones, para que ni un solo punto quedase sin inspeccionar. Pero por la noche regresaron también sin haber encontrado nada. Parecía como si el caballo negro de Dawes tuviese alas y hubiera emprendido la fuga volando.

Previamente un grupo de vaqueros había dado sepultura a los restos de los compañeros de Dawes. Jamás en rancho Wagner había

sido enterrada tanta gente. Elsa asistió a las oraciones con que el pastor de Met despidió a los forajidos. Luego permaneció todo el día en la habitación, sin salir, pretextando que se sentía enferma.

Tenía que hallar una solución al asunto Lótimer y pronto, antes de que él volviera a inquietarla. Al principio pensó explicar lo sucedido a su padre, pero tras reflexionar cinco minutos decidió que lo mejor sería guardar silencio.

£1

viejo Wagner tenía un genio muy vivo, y era capaz de cometer una locura si conocía la desvergüenza del hijo de su mejor amigo. Por otra parte «dar el soplo», como se decía en la jerga de los vaqueros, no era cosa muy adecuada a su carácter. Entonces, ¿qué hacer? Decidió que lo mejor sería marchar ella del rancho una temporada.

Los días laborables, todos los vaqueros comían juntos con los Wagner en una amplia sala. Era costumbre que Lótimer, como amigo de la familia, se sentase junto a la muchacha, y ella no hizo la menor oposición aun después de lo sucedido. El joven la contempló con una mirada intensa, donde se leía al mismo tiempo admiración y deseo.

—Creo que los aires del rancho empiezan a sentarme mal —dijo Elsa a media comida—. Tú mismo reconocerás, padre, que esto, cuando no es tremendamente aburrido, es tremendamente peligroso.

Wagner la miró con cierta sorna. Elsa había vivido en la ciudad durante mucho tiempo, y en opinión de su padre, la muchacha tenía la secreta aspiración de marcharse a Santa Fe o incluso a Los Ángeles, a divertirse una temporada.

—Creo que a ti te gustan demasiado los escaparates, los teatros y las luces —gruñó—. ¿A qué viene eso ahora?

—No me encuentro a gusto aquí. Llevo ya once meses sin ver más que caballos, polvo, vacas y hombres barbudos. Dentro de once meses más no seré precisamente una señorita bien educada, si continúo con esta vida.

Lótimer, descaradamente, le dio un puntapié bajo la mesa para demostrarla que había comprendido sus intenciones. Ello indicó a Elsa que, por su parte, el joven no estaba dispuesto a cejar. Con más vehemencia que antes volvió a dirigirse a su padre.

—Pude haber muerto la otra noche, y tú sabes perfectamente

que aquello volverá a ocurrir. Será Dawes u otro, pero siempre habrá bandidos en Texas. Y cuando la guerra termine será muchísimo peor.

Los hombres sentados en torno a la mesa guardaron un reflexivo silencio. La guerra, que parecía tan lejos, había influido, ne obstante, en el destino de todos. Fuera de Lótimer, casi todos los trabajadores del rancho eran viejos: los jóvenes estaban luchando en las filas del Sur. El viejo Wagner había accedido varias veces a guardar dinero y armas sudistas en su rancho. Pensaba que cuando venciesen los del Norte —pues sobre el triunfo de éstos no parecía caber ya la menor duda—, se tomarían represalias contra él, y cada vez sentía un más invencible temor a separarse de su hija Elsa, lo más entrañable que le quedaba en el mundo. Ahora, al hablarle ésta de marcharse, su primer pensamiento había sido el de que ya no la volvería a ver.

—No me gusta que hables de esa manera, Elsa. Estás bien aquí y aquí te quedarás. Lo de la otra noche en algo que en rancho Wagner no había sucedido nunca.

La muchacha apretó tercamente los labios, dispuesta a no ceder. Sentía sobre su nuca la mirada burlona de Lótimer, y eso le crispaba los nervios.

—Si hiciese algo realmente extraordinario… por ejemplo capturar a Dawes… ¿me dejarías marchar?

No supo por qué había dicho aquello. Era una frase ridícula. Lo comprendió al oír la enorme risotada que se alzó en la mesa.

—Capturar a Dawes… ¿tú? ¿Estás loca, Elsa?

Sí, lo estaba, pero era de desesperación y de miedo. Entre explicar lo ocurrido con Lótimer y seguir aquella conversación absurda, prefirió esto último. Además, todo lo que se relacionase con Dawes le producía desde la otra noche una rara e indefinible emoción parecida al odio.

—Ninguno de vosotros sabe aún de lo que soy capaz. ¿Me prometes que si capturo a Dawes marcharé de aquí durante un año, padre?

El viejo Wagner tuvo que llevarse la servilleta a la boca, para disimular su risa.

—De acuerdo, hija. Si capturas tú sólita a Dawes te marcharás de aquí durante un año. Te compraré los mejores vestidos, para que

los luzcas en las fiestas y si quieres te dejaré teñir el pelo.

Una enorme risotada volvió a estremecer la sala. Elsa se mordió los labios.

—¡No me gustan vuestras carcajadas insolentes ni vuestros ojos de vaca satisfecha! —chilló Elsa poniéndose en pie—. ¡Cuando capture a Dawes todos os daréis cuenta de que estabais equivocados!

Y abandonó la sala con un altivo aire de reina.

* * *

Cinco nuevas patrullas tuvieron el mismo nulo resultado que las primeras. Cuando desde Dog Valley se recibió un telegrama comunicando que Fred Dawes no había aparecido por allí, los hombres del rancho Wagner empezaron a creer seriamente en las alas del caballo negro.

Durante una semana, Elsa no recibió permiso para abandonar los límites del rancho, por considerarlo peligroso. Tuvo que permanecer recluida en su habitación, leyendo todo lo que había en la casa y vigilando el menor movimiento de Lótimer, que a su vez no la perdía de vista. La muchacha tuvo la sensación de que el granuja no aguardaba más que una nueva oportunidad, y la tensión llegó a hacérsele insoportable. Por fin, transcurridos ya diez días desde el exterminio de la banda de Dawes, y no habiéndose captado en las cercanías ningún otro signo de alarma, el viejo Wagner autorizó a su hija para que reemprendiera su vida normal.

—Puedes salir y hacer lo que te plazca. Pero no te alejes demasiado del rancho.

—Lo mejor que podrías hacer sería atar una cuerda a la cola del caballo —dijo mordazmente Elsa—. Cuando te parezca que ya he llegado demasiado lejos, tiras.

Acto seguido, dejando a su padre con la boca abierta fue a la cuadra e hizo ensillar el mejor potro.

—¿Va a capturar a Dawes, señorita? —preguntó el mozo con una burlona sonrisa—. Avisaré al *sheriff* para que limpie la celda, no vaya a cogerle de sorpresa.

Elsa no quiso contestar a la ironía. Se limitó a mirar al otro con una sonrisa despectiva y montó ágilmente. Instantes después emprendía el galope en dirección a las praderas del Oeste.

Tras media hora de galopar, trotar e ir al paso, Elsa pensó, no obstante, que aquello no tenía ninguna emoción. Y diciéndose que Dawes había huido hacia los imponentes farallones rocosos del oeste de rancho Wagner, se dirigió hacia allí. Le empujaban también las absurdas palabras que ella había pronunciado en la mesa, ante los rancheros, si bien no dejaba de reconocer ahora que habían reaccionado lógicamente al reírse.

Era costumbre de todos los mozos de rancho Wagner colocar tras la silla una gran bolsa de cuero con grano para el caballo. Toda la zona oeste del rancho, muy montañosa, estaba por completo desprovista de vegetación, y se consideraba prudente que los caballos llevasen una pequeña reserva de alimentos, sobre todo si su camino había de durar más de un día. En esta ocasión, aunque Elsa había salido simplemente a pasear, tras la silla llevaba el acostumbrado saco. No sabía hasta qué punto aquello iba a tener importancia para ella.

Toda la zona rocosa de los farallones había sido batida, y según los vaqueros no cabía posibilidad de que allí estuviese oculto Dawes. Sin embarga, cuando tras una hora de trotar por entre las rocas, Elsa oyó una voz a su espalda, supo inmediatamente quién era el que le hablaba.

—Buenos días, *miss* Wagner.

Elsa detuvo secamente al caballo. Una mortal palidez cubrió sus facciones al recordar que no llevaba ningún revólver.

—Ha sabido usted esconderse muy bien cuando por aquí patrullaban hombres —dijo sin volver la cabeza—, pero se apresura a salir cuando ve a una mujer sola.

Con los nervios en tensión, a punto de lanzar un grito, oyó unos pasos a su espalda. Dawes pasó junto al caballo y se detuvo frente a ella.

Llevaba barba de varios días, iba limpio y tenía en los labios la misma sonrisa entre alegre y burlona, pero todo su aspecto resultaba increíblemente más siniestro que en rancho Wagner. Dos revólveres con cachas negras brillaban en su cinto.

—Creí que había huido a Nuevo México. O que los buitres lo habían devorado vivo. Eso hubiera sido lo mejor.

Dawes sujetó las riendas del caballo. Luego tirando de una pierna de la muchacha, la obligó a bajar de la forma menos

académica posible.

—¿Qué quiere de mí, granuja? ¿Sustituir al que la otra noche estaba en mi alcoba? ¿Eso es lo que pretende?

Dawes sostuvo su mirada, mientras se acentuaba el brillo burlón de sus ojos.

—No me importa saber a quién recibe usted en su alcoba, *miss*…

Una seca bofetada hizo oscilar su rostro. Con las facciones rojas de ira Elsa le miró, apretando los puños.

—En Texas abundan los granujas tanto como los cactus. Eso lo sabe todo el mundo. Pero entré los granujas es usted el campeón, Dawes. Y a juzgar por su barba, diría que es también un campeón entre los cactus. ¡Apártese de mí!

Dawes había dado un paso hacia ella. No se movió más, pero en sus ojos había una chispa que no gustó nada a Elsa. Empezó a temer lo peor, y no pudo dejar de expresar sus pensamientos en voz alta.

—¿Es que seriamente quiere… sustituir a aquel tipo?

—Parece como si lo estuviera usted deseando, hermana. Me lo ha preguntado ya dos veces. Pero debo confesarle que no hay nada en usted que me interese. Lo único que pretendo es…

Elsa apretó los labios.

—Comida para mi caballo. Lo que usted lleva tras la silla.

Con el brazo izquierdo, señaló hacia un lado. Elsa miró hacia allí y pudo ver al hermoso caballo negro. Estaba tumbado entre dos rocas y parecía incapaz de dar un solo paso.

—No ha encontrado comida aquí, ¿eh? Y ¿usted? ¿De qué se ha alimentado?

—He podido cazar algún pajarraco. Pero él no ha encontrado nada de hierba. Está desfallecido. De no haberla encontrado a usted hubiese bajado al llano, exponiéndome a que me vieran.

La actitud de Dawes había cambiado. Su expresión se había transformado de burlona en humilde, en suplicante casi. En aquel momento comprendió Elsa lo unido que aquel hombre estaba a su caballo.

—Parece que le quiere usted mucho. Tendrán los dos la misma inteligencia.

Dawes no se ofendió por estas palabras. Apartó suavemente a Elsa y desató el saco que contenía grano. Había allí al menos cuatro kilos, y al abrirlo vio que era de excelente calidad. El mismo lo

acercó a la boca de su caballo y miró complacido cómo el animal masticaba poco a poco.

—Conmovedora escena —dijo Elsa con un tono burlón—. El padre contempla cómo se alimenta su hijo. ¿Qué es lo que piensa hacer cuando se canse de ver mover las mandíbulas a su caballo?

—Verle mover las mandíbulas a usted. No habrá mucha diferencia.

Elsa torció los labios. Había algo en la indiferencia de aquel hombre que la irritaba más que la fanática y sincera admiración de Lótimer.

—Imagino que pedirá un rescate a mi padre, ¿no es así?

Dawes se apoyó en una roca e introdujo las manos en los bolsillos. La otra noche había contemplado muy sumariamente a Elsa y le había parecido hermosa. Ahora, a la luz del día, tenía que reconocer que pocas mujeres había visto como ella. Tal vez ninguna. Su busto firme y erguido, sus caderas redondas y anchas, su rostro donde era posible leer a la vez una gran ingenuidad y una gran valentía, todo en ella impresionó hasta el máximo la sensibilidad de Dawes. Pero aquél no era momento para admirar mujeres, y él lo sabía.

—No voy a darle esa satisfacción, mis Wagner. La dejaré marchar libremente… cuando sea de noche. No quiero que tenga tiempo de volver al rancho y organizar otra batida. Al ponerse el sol, me marcharé de aquí.

Se sentó en el suelo, junto a su caballo, sin hacerle más caso.

A Elsa le sucedía en este momento algo muy extraño. Después de haber vivido casi siempre entre hombres solícitos, acostumbrada a que la mirasen con deseo a todas horas, había llegado a la conclusión de que en el Oeste una mujer valía mucho y debía vigilarse mucho. Incluso esta sensación de ser deseada continuamente había llegado a formar una especie de segunda naturaleza en ella, cosa que, si bien era inquietante, también la halagaba de un modo secreto. Y la indiferencia de Dawes no sólo era una sorpresa para ella; era también un insulto que le hacía morderse los labios con una inconfesable ira.

—Si es eso lo que pretende, voy a aprovechar el tiempo —dijo, tratando de dominarse—. Almorzaré mientras tanto. Tengo apetito.

Descolgó de la silla un pequeño paquete y se pasó a comer el

pan con carne que le habían preparado. Supuso que aquello haría sufrir a Dawes, hambriento como una rata, e hizo lo posible por masticar parsimoniosamente y con grandes muestras de satisfacción. Pero también en este aspecto se llevó una sorpresa, porque el desconcertante forajido no le dirigió una sola mirada, limitándose a contemplar con satisfacción cómo se alimentaba su caballo.

Terminado el almuerzo, Elsa se acercó al hombre.

—Parece que lo quiere mucho —susurró—. ¿Ha tenido algún otro cariño, aparte esa bestia?

—Le prohíbo que le llame bestia.

—¡Ah, bien! ¿Ha tenido algún otro cariño, aparte este lord de cuatro patas?

—No. Tal vez no. «Van» es muy inteligente. No me he separado nunca de él, ni él de mí. Nos entendemos perfectamente. Era un caballo salvaje hasta que lo cacé y domé yo solo. Únicamente a mí me obedece.

Elsa le volvió la espalda.

—¡Conmovedora situación!

Se estiró perezosamente entre unas rocas, con toda desenvoltura. Estaba convencida de que Dawes no se acercaría a ella si la veía obrar con naturalidad, si le demostraba que no tenía miedo. Pero una sorda ira se apoderaba de ella al ser retenida allí por el bandido en contra de su voluntad, y al ser ignorada como mujer hermosa de un modo tan manifiesto.

Transcurrieron dos horas, durante las cuales ninguno de los dos cambió de situación. Elsa estuvo pensando en lo incomprensible de todo aquello, y al mismo tiempo madurando un plan. Surgió en su mente la idea luminosa al escuchar el rumor de un riachuelo que se deslizaba entre las rocas.

—Voy a dar de beber a mi caballo —indicó Dawes, facilitándole las cosas sin saberlo—. Acompáñeme.

Ella no se hizo repetir la orden. Llegaron a un riachuelo de montaña que se deslizaba a pocas yardas y una vez allí Dawes se la quedó mirando fijamente, mientras el caballo bebía. Elsa se estremeció.

—No puedo quejarme. Se porta conmigo con una cortesía que parece increíble —comentó al fin.

—Usted no me ha hecho ningún daño. ¿Por qué voy a hacérselo yo?

Elsa sonrió de un modo muy especial. Y entonces comenzó a poner en práctica su atrevido plan. Se soltó el cinturón y empezó a desabrocharse la blusa.

—¿Qué diablos hace usted?

—Voy a bañarme. Tengo la costumbre de hacerlo a esta hora desde que era niña. ¿Le importa?

Dawes parecía perplejo. La expresión de la muchacha era tan tranquila y sincera que en el primer momento no pudo sospechar hubiese allí oculta intención.

—No, no me importa, aunque me sorprende. Pero mi norma es no molestar a los que no me molestan. Báñese si le gusta. Y desnúdese tras aquella roca.

Elsa obedeció, sonriendo interiormente. El sol apretaba de firme, y no había allí un solo árbol para cobijarse. Estaba segura de que Dawes no se había bañado ya debido a su presencia, pero que ahora, al ver la actitud de ella, no resistiría. En efecto, agazapada tras su roca vio cómo el joven, tras un instante de vacilación, se quitaba las botas y los calcetines, el sombrero, la camisa y el armamento, dejándolo todo oculto tras una roca, y luego se arrojaba al agua.

—Has caído en la trampa —susurró Elsa.

Desde allí podía llegar sin ser vista hasta la roca tras la que Dawes había ocultado sus armas. El pistolero estaba muy cerca de ella, y en eso confiaba por lo visto: de modo que si Elsa hacía el menor ruido todo se echaría a perder. Pero no lo hizo. Logró llegar hasta la roca y empuñó los dos revólveres.

—¡Eh! ¿No sale usted?

—Aquí estoy.

Elsa se levantó con las dos armas amartilladas, y además completamente vestida. Dawes parpadeó asombrado, dándose cuenta demasiado tarde de, que había cometido un terrible error. Varias horas junto a la muchacha le habían acostumbrado a ella, hasta el extremo de pensar que ya no intentaría nada.

—Si dispara tendrá algo de qué lamentarse mientras viva, *miss* Wagner. Y puedo garantizarle que la conciencia, cuando duele, es un mal enemigo.

—¡Conciencia! —rió, secamente, Elsa—. ¿Quién habla de conciencia? ¡Un granuja como Fred Dawes se atreve a dar consejos! Pero no tema, porque no seré yo quien ahorre trabajo a los verdugos. Voy a limitarme a cortarle toda posibilidad de huida. Dispararé…

Apretó los labios en una mueca cruel.

—… ¡Contra su caballo!

Los dos disparos se confundieron con el aullido de Dawes. «Van», que estaba en el no, cayó, y las aguas empezaron a teñirse de sangre. Dawes lanzó un nuevo aullido como jamás Elsa había escuchado otro.

—¡Perra! ¡Vieja arpía! ¡Haré que pagues esto!

Elsa se tapó los oídos con las manos para no seguir oyendo. En este momento le latía con tanta fuerza el corazón que sentía como si a su garganta afluyeran bocanadas de sangre. Vio cómo Dawes trataba de levantar a su caballo y entonces echó a correr, aterrorizada, buscando con los ojos su montura. Ahora que Dawes estaba indefenso, ahora que había ganado la partida podría correr hasta el rancho y decir donde se encontraba. Nadie podría salvarle ya.

# CAPÍTULO III

—¿Cuánto tiempo crees tú que resistirá ese perro? —No lo sé. Yo diría que se ha vuelto loco.

Durante veinticuatro horas habían resonado disparos incesantes en la zona de los farallones rocosos. Durante veinticuatro horas todos los hombres de rancho Wagner y todos los agentes del *sheriff* habían estrechado el cerco sin desmayos, perdiendo varios de ellos la vida. Dawes, que en electo parecía haberse vuelto loco, disparaba bien y con la desesperada frialdad del que sabe que ya lo tiene todo perdido. Cuatro hombres descansaban para siempre entre las rocas, mirando la noche, y el pistolero seguía vivo.

Una parte de los sitiadores había trepado por las rocas más alias y batía ahora desde arriba la posición de Dawes. Éste se hallaba irremisiblemente perdido.

—¿Cuánto puede resistir un hombre junto a un caballo muerto? —preguntó Wagner—. Jamás había visto una cosa así.

—Puede resistir lo que tarde el plomo en llegar a su cuerpo —opinó Lótimer—. Y que me parece que en este caso no vamos a tener que esperar mucho más.

En efecto, Dawes caía poco más tarde. Amparados por la noche, tres hombres habían llegado hasta él. Uno trató de acribillarle por la espalda, pero tuvo la desgracia de hacer ruido, y Dawes pudo volverse. El hombre fue cosido, antes de caer, por una larga fila de balazos que iba desde su cabeza hasta el diafragma. Los otros dos cayeron sobre el pistolero y le estuvieron propinando culatazos hasta tener la sensación de que le habían deshecho la cabeza.

Minutos después, Dawes, exánime, era transportado como un fardo hasta el lugar donde se hallaban Wagner, el *sheriff* y Lótimer. Este último rió sombríamente al verle.

—¿Lo rematamos aquí, patrón?

—No. Lo ahorcaremos en la puerta del rancho. Eso es lo que merece.

—Sería mejor enterrarlo aquí, con arena hasta la cabeza. Mañana, apenas salga el sol, comenzará a divertirse. Y la diversión continuará hasta que muera.

—No admito salvajadas entre mis hombres —gruñó Wagner—. Me sorprende oír una cosa así de tus labios, Lótimer. ¿Con qué derecho te atreves a opinar sobre lo que debería hacerse?

—Con el derecho que me otorga mi probada fidelidad hacia usted, patrón. Sabe perfectamente para qué penetró ese hombre en la habitación de Elsa. Sabe perfectamente que yo entré al oír el ruido y, que de no haber sido por mí…

Wagner palmeó la espalda del joven, condescendiente. Su expresión reflejaba en estos momentos cansancio y pesadumbre.

—Lo sé, Lótimer. Me será difícil pagarte ese favor, Pero ahora debes ser razonable y comprender lo que es decente y lo que no lo es. Un malhechor debe ser ahorcado; eso dicen las leyes, y eso es lo que haremos nosotros.

El *sheriff* se acercó tras haber contemplado irnos instantes el cuerpo de Dawes, que estaba en el suelo, entre las patas de los caballos.

—No soy médico, pero a juzgar por su aspecto ese tipo no llegará vivo a la horca. Soy partidario de que nos ahorremos molestias descerrajándole un tiro aquí mismo.

Wagner pareció considerar la idea, mientras dirigía al, exánime Dawes una mirada conmiserativa.

—Está bien. Usted, *sheriff*, se encargará de acabar con él, ya que es el que ha propuesto la idea. Lótimer se quedará también y le ayudará a enterrarlo.

—De acuerdo, Wagner: márchese tranquilo. Vuelva junto a su hija y felicítela en nombre de todos nosotros.

Wagner hizo un ademán que podía significar muchas cosas y espoleó su caballo. Todos sus hombres excepto Lótimer, le siguieron. Los agentes del *sheriff* partieron también a una muda señal de su jefe.

—Bien, ya estamos solos aquí —dijo Lótimer cuando los jinetes se hubieron perdido de vista, tragados[1] por la noche—. ¿Pensaba

usted seriamente en lo del balazo, *sheriff*?

El representante de la ley sonrió. Tenía una sonrisa dura y un poco inexpresiva, que reflejaba una carencia total de sentimientos. La guerra y los desengaños habían enmohecido su estrella y su conciencia, transformándole en un ser capaz de olvidar en determinados momentos su categoría oficial y aun su dignidad humana.

—El sol pica en esta parte de Texas, ¿no es cierto?

Lótimer rió. De un puntapié apartó el cuerpo de Dawes, que seguía insensible con varias heridas en la cabeza, y con los ojos buscó un lugar donde la arena fuese blanda.

—Éste es un buen sitio.

Alcanzaron las palas que les dejaran los hombres de Wagner y empezaron a trabajar, abriendo un estrecho y profundo hoyo donde cupiera el cuerpo de un hombre. Cuando lo juzgaron suficientemente amplio, recogieron entre los dos a Dawes, introduciéndolo cuidadosamente. Luego empezaron a rellenar el hoyo con arena, hasta que sólo la cabeza del joven quedó al descubierto.

—¿Cuánto cree usted que vivirá?

—Como máximo hasta el mediodía. La pérdida de sangre le ocasionará una sed angustiosa, y el sol le abrasará las heridas de la cabeza. Estará aullando hasta que se le pare el corazón.

Lótimer se frotó la barbilla. Lamentaba no estar allí cuando los aullidos empezasen.

—¡Mire! ¡Abre los ojos!

En efecto, Dawes se había recobrado, y en estos instantes los miraba fijamente. Pareció darse exacta cuenta de cuál era su verdadera situación, porque su mirada fue de un lado a otro como buscando una posible salida. Al fin, sus ojos se posaron en los de los dos hombres, que le contemplaban con los brazos en jarras. Y, en contra lo que parecía lógico, en la más absoluta indiferencia. Sin despegar los labios, cerró otra vez los ojos y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la arena.

—Quisiera despedirme de él —dijo Lótimer levantando la pierna derecha—. Un puntapié quizá le despabilaría…

—Si le golpeas ahora puedes matarle —cortó el *sheriff*—. Y entonces, ¿para qué diablos hemos trabajado?

—De acuerdo. Tienes razón. ¡Hasta nunca, Dawes! ¡Aún te quedarán unas horas para recordar que Lótimer devuelve siempre golpe por golpe! ¡Que te diviertas en compañía de los escorpiones!

Los dos hombres montaron a caballo y emprendieron un trote corto. Aunque no había la menor posibilidad de que Dawes escapase, volvieron la cabeza para ver si seguía allí. Lótimer extrajo la bolsa de tabaco y lió un cigarrillo, tras ofrecer al *sheriff*.

—¿Qué diremos al viejo Wagner?

—Que Dawes está enterrado. Una especie de juego de palabras, ¿sabes? Le recalcaremos que está «bien enterrado»…

Lótimer rió, y su risa sonó seca y áspera en el silencio de la noche.

—¡Al diablo jovenzuelo! ¡Malditas sean tus ideas! ¡Yo nunca había hecho una cosa así!

El *sheriff* tiró el cigarrillo sin encenderlo y puso su caballo al galope. Cerca ya de rancho Wagner oyeron mi intenso tiroteo hacia el Norte. Era muy nutrido y el *sheriff* supo que el ruido procedía de armas largas de combate.

—¿Los del Norte…? —sugirió, poniéndose pálido.

—¡Yah! ¡Imposible! Según las últimas noticias estaban a más de quinientas millas de distancia. No pueden haber avanzado todo eso en un par de días.

—No, claro que no. Se trata de otra banda, o tal vez de un grupo de desertores. Esto se está infestando. Habrá aquí más bandidos que moscas en un caballo muerto.

Cuando llegaron a rancho Wagner el tiroteo había cesado. Ya completamente tranquilos, dejaron sus caballos y fueron a presencia del patrón.

—Me quedaré a dormir aquí, Wagner —manifestó el *sheriff*—. No tengo tiempo de llegar a mi oficina esta noche.

—Usted dispone de mi casa, *sheriff*. ¿Han resuelto lo de Dawes?

—Está envuelto en arena. No volverá a molestamos más.

Habían hablado en el porche del rancho, rodeados por el quieto silencio de la noche. Sus voces broncas, sus palabras se transmitían con facilidad en la distancia. Y limpias y cortantes como un cristal llegaron a los oídos de Elsa, que estaba junto a una ventana abierto del piso superior. Los tres hombres oyeron luego el seco mido de los postigos al cerrarse.

—Elsa ha debido de escuchamos —susurró Wagner—. No hablemos más de esto.

Pero Elsa había oído ya bastante. Y en estos momentos su corazón era como una extraña mano cuyas uñas le desgarrasen el pecho. Sintió que se ahogaba y tuvo que apoyarse en la pared, para no caer. Era ella, ella sola la que, con una traición, había «envuelto en arena» a aquel hombre. Recordó los ojos, la extraña sonrisa de Dawes. Y en aquel momento, como una maldición, oyó abajo, en el porche, los pasos insolentes de Lótimer.

* * *

Una hora después volvió a estallar el tiroteo, más cercano que la vez anterior. También fue más breve e intenso, como una sucesión de rápidas y frenéticas descargas. Luego el silencio, el denso y sobrecogedor silencio de Texas volvió a hacerse en torno a rancho Wagner.

—Esto no me tranquiliza nada —declaró el *sheriff*—. El silencio siempre me ha gustado menos que los disparos. ¿Qué cuerno es lo que estará pasando ahí arriba, hacia el Norte?

Wagner olfateó el aíre, como un animal al acecho. Sus ojos se entrecerraron un poco.

—Bandidos —repuso—. Sólo pueden ser bandidos. Pero la verdad es que, no me explico lo que hacen por aquí ni quiénes pueden ser, una vez destrozada la banda de Dawes.

—¿Y si diésemos una batida?

—Eso es prudente. ¿Quiere reunir a sus hombres, *sheriff*?

—De acuerdo.

Instantes después, una pequeña tropa compuesta por doce jinetes, salía de rancho Wagner. Entre ellos no figuraba Lótimer, quien, al parecer, en un exceso de celo profesional, estaba repasando las cercas.

Elsa vio marchar a los hombres. Y, sin saber bien por qué, sintió su corazón aún más encogido, dominado por una invencible sensación de angustia.

Media hora después oyó pasos cautelosos tras su puerta. Decidida a todo, abrió el cajón de su mesilla y extrajo el revólver. Si Lótimer entraba, le descerrajaría un tiro en la cabeza.

Los pasos se alejaron poco a poco. Elsa bajó el revólver.

Y fue entonces cuando la besaron en la nuca.

Un aliento denso, caliente, rozó su piel, unos labios gruesos se aplastaron contra su cuello. Elsa gritando trató de dar media vuelta, mientras dos manos le quitaban el revólver y le apretaban los senos. Vio como a través de una espesa niebla el rostro sudoroso de Lótimer y, tras él, la ventana abierta. Sus diez dedos impotentes arañaron el aire, como en un espasmo.

—¡Estúpida, pequeña hada tentadora y estúpida! Creías que iba a entrar por la puerta, ¿eh? El, que se ha acercado era uno de los peones mexicanos, para espiarte a través de la cerradura. Yo aguardaba en la ventana. ¡Y ahora no podrás hacer nada para librarte de mis besos! ¡Ahora vas a pagarlo todo, pequeña Elsa! ¡Vas a ser de Jess Lótimer, el hombre a quien jamás fue negada una mujer! Vas a acordarte de tus desprecios, de tus…

—¡Canalla!

Elsa logró abofetearle. El golpe resonó secamente en la mejilla de Lótimer, quien, poseído de un ciego furor, besó brutalmente su cuello.

Elsa sintió que nada podía hacer por defenderse. Iba a gritar cuando la derecha de Lótimer tapó su boca. Sintió más cercana e inquietante la presencia del hombre, mientras era arrastrada hacia el lecho. Iba ya a renunciar, desfallecida, cuando escuchó una voz a su espalda. Como cuando intervino Dawes. Y la coincidencia fue más misteriosa, más inquietante, por cuando esta vez las palabras fueron muy parecidas.

—¿He llegado a tiempo… amigos?

## Capítulo IV

Lótimer se volvió, soltando a Elsa y cubriéndose a medias con ella. Como ya tenía un revólver en la mano no le costó nada hacer fuego con él. Pero disparó temblando porque, al volverse, creyó, en el colmo de los absurdos, que iba a tropezar con el fantasma de Dawes.

Sin embargo, el hombre que estaba frente a él no le causó menos asombro que si en aquel momento hubiese visto de nuevo a su mortal enemigo. Porque el que había aparecido en aquella puerta de rancho Wagner, situado en uno de los lugares más remotos era… ¡un capitán nordista!

—¡Perro!

La primera bala se había perdido, pero no importaba. Lótimer sabía que tenía tiempo de disparar otra vez. Su enemigo no había hecho ademán de «sacar» y, por el contrario, sus labios estaban entreabiertos en una sonrisa que parecía de beatífica bondad o de contemplación seráfica. Nada que pudiese parecer amenazador, ni siquiera su voz que era suave y acariciante. Lótimer lanzó un aullido en el momento de ir a disparar por segunda vez.

—¡Muere!

—¿Quién? ¿Yo?

Una llamarada partió de la derecha del nordista, que había disparado a través de la funda. Lótimer cayó con el brazo atravesado, soltando el revólver. Sus facciones estaban desencajadas por el asombro.

—Al principio creí que hablabas en broma, nene, pero como he visto que empezabas a ponerte pesado…

El capitán pasó por encima de su cuerpo, indiferentemente, y hasta le rozó con la espuela, sin fijarse, igual que si pasara por

encima de una piedra. Elsa se incorporó tratando de ponerse en pie junto al lecho, pero el capitán estaba ya tan cerca que no pudo, so pena de abrazarse a él.

—¿Usted? ¿Có… cómo?

—Creyeron que estábamos más lejos, ¿no es así?

—Sí…, sí —balbució ella, perdida el habla.

—Y en realidad lo estamos. Mi compañía se ha infiltrado en territorio enemigo y está siendo perseguida por los sudistas. Pero les hemos dado esquinazo, matando a buena parte de ellos. Hasta mañana no se reorganizarán ni llegarán aquí. Entretanto, vamos a celebrarlo.

Elsa no lograba recobrar la serenidad. Todo aquello le parecía inconcebible.

—¿Cómo…, cómo piensa celebrarlo?

—Organizaremos una fiesta. Con baile. ¿Es que no has bailado nunca, muchacha?

—¿Qué han hecho con mi padre? ¿Dónde está?

El capitán sonrió. Tenía unos treinta años y su sonrisa era agradable. Un poco cínica, tal vez, pero extraordinariamente atractiva. Su cabello moreno y rizado salía por debajo del sombrero blanco, también roto y manchado de polvo.

—Me llamo Frank Wilson, guapa.

—Bien, Frank, pero… ¿y mi padre?

—Si estaba entre esos tipos que han salido hace una media hora, no temas por él. Los hemos visto marchar y está todo previsto para hacerlos prisioneros en cuanto regresen. Si no ofrecen demasiada resistencia, ninguno de ellos morirá.

Lótimer, en este momento, trató de recuperar el revólver con su mano sana. Frank Wilson le dio una seca patada en la sien y lo dejé exánime en el suelo, como muerto.

—¡Oh, siento tener que ocuparme de esta carroña, muchacha! Es posible que me canse y le vacíe un cargador encima. Pero entretanto vamos a preparar la fiesta. ¿Me acompaña, *milady*?

Y dando su brazo a Elsa, que lo aceptó asombrada, salieron de la habitación.

Aunque pareciera inverosímil, aunque los mismos que tomaban parte en ella se negaran a creerlo, aquella noche hubo fiesta en rancho Wagner. Una gran fiesta.

Cuando el viejo Wagner, el *sheriff* y diez hombres más regresaron al rancho después de una infructuosa búsqueda para verse amenazados por casi ochenta fusiles nordistas, creyeron morir de asombro. Pero ochenta fusiles son una cosa muy respetable, aunque uno crea estar viéndolos en sueños. Y ninguno de los del grupo «cazador» ofreció resistencia cuando se vio cazado de aquel modo. Instantes después estaban desarmados y formando en hilera frente al rancho.

—¡Perro nordista! —rugió Wagner—. ¿Ya sabes en qué sitio te has metido?

Frank Wilson, que estaba en pie frente a los prisioneros, sonrió de la misma forma fatigada y un poco cínica, pero agradable. Sus ojos chispeaban divertidos.

—¿Cómo no voy a saberlo, viejo batracio? Dos compañías de «pieles de perro» me han perseguido hasta unas diez millas de aquí. Ahora están más desorientados que un gato en una trampa para ratones. Mañana vendrán a buscarnos, pero nosotros estaremos lejos. Somos una compañía distinguida y empleada únicamente para servicios especiales, lo que os comunico para que os lavéis bien los pies antes de acercaros a ninguno de nosotros. Además, esta noche vamos a celebrar una fiesta.

—¿Una qué…? —rugió el *sheriff*.

—Una fiesta, con baile y chicas bonitas. ¡Vamos! ¡A acicalaros todos! ¡Poneos vuestra mejor ropa!

Una hora después, la fiesta empezaba. Los sargentos de la compañía de Wilson se habían encargado de que en las cocinas de rancho Wagner se preparara una abundante y apetitosa cena, capaz de saciar el hambre infernal de la tropa. Todas las mujeres jóvenes del rancho, que eran unas quince, fueron invitadas. Buena parte de ellas, incluso las casadas, habían tenido trato secreto con Lótimer. Éste también fue obligado a vestirse con su mejor ropa y asistir, pulcramente limpias sus heridas, al baile que se estaba celebrando en el salón principal del rancho. Frank Wilson y los tres oficiales subalternos de su compañía vestían sus uniformes de gala, que habían sido transportados en el carro de la munición. Elsa consideró que su deber de gratitud era contribuir a la brillantez de la fiesta, y lució un vestido negro, ampliamente descolado, que dejaba al descubierto sus torneados hombros, su garganta y el nacimiento

tentador de sus senos. Un vestido realmente escandaloso para la época y que su padre siempre le había prohibido usar. Ahora el viejo Wagner no podía preocuparse de esas nimiedades. Estaba viendo bailar en su propia casa a los oficiales nordistas y todo aquello para él, viejo fanático del Sur, le parecía una maldita pesadilla.

—¡No puede ser! —Gruñó, acercándose a Lótimer—. ¡Esto es absurdo…, absurdo!

—Pero terriblemente real —susurró el joven, mientras se acariciaba sus magullados pómulos—. Estos hombres están aquí… como vencedores.

Con sus dedos pareció acariciar el aire, mientras sonreía de un modo maligno.

—Sólo una cosa me consuela, y es saber que Dawes estará agonizando ahora.

—¿Dawes? ¿Agonizando? ¿Pero no le descerrajasteis un tiro?

—Ésas son cosas vulgares, patrón. El merecía algo mejor, entre el *sheriff* y yo lo enterramos hasta la cabeza en la arena.

Lentamente, con los labios distendidos en una sonrisa meliflua, se alejó. Wagner, sin poder evitarlo, le miró con los puños apretados en un ademán de rabia.

Elsa, entretanto, danzaba a los suaves acordes de un vais. Su pareja era el capitán Frank Wilson.

—¿Qué le parece esta improvisada orquesta? —susurró él—. Uno de mis soldados tenía un viejo violín, y sabe tocar su viejo piano, y cuernos bastante, ¿no?

Ella bajó los ojos. Había en aquel hombre una fuerza magnética que le hacía irresistible, que confundía, torturaba casi, a las mujeres que se hallaban junto a él.

—Sí, falta una cosa, muchacha —susurró Frank, estrechándola en sus brazos—. Falta alegría en tus ojos.

—Tal vez.

—¿Estás triste por este tipo? Me refiero al que se encontraba en tu habitación. No nos cuesta nada atarle a un caballo por los pies y llevarlo de paseo, si quieres.

—No, no deseo eso. Ni siquiera estoy triste por él. Es por otro hombre.

Frank Wilson sonrió otra vez, y por un momento sus labios

rozaron la mejilla de Elsa.

—Por lo visto, tu vida está llena de hombres, muchacha…

—No lo creas. Había vivido muy tranquila en el rancho hasta hace poco. Pero de repente los acontecimientos se han precipitado. Ha sido como una nube negra que dejara caer el granizo de pronto. Hace pocas horas, un hombre ha muerto por mi culpa. Yo le traicioné.

—Me cuesta trabajo creer que con esa cara sepas traicionar a la gente. ¿Cómo se llama tu primera víctima?

—Dawes. Fred Dawes.

Hubo un brillo como de sorpresa en los ojos de Frank Wilson; pero inmediatamente se rehízo y volvió a sonreír.

—Dawes es un bandido. No te arrepientas, muchacha.

Danzaron unos minutos más, en silencio, hasta que el vais terminó. Y Elsa Wagner, que se creía insensible a los hombres, comprendió que en aquél había algo distinto e indefinible, algo que la convertía un poco en esclava, que la sometía a una servidumbre dulce sin ni siquiera darse cuenta.

—¿Quieres salir a la terraza, muchacha? En las buenas fiestas del Oeste es costumbre hacerlo así.

—He estado en toda clase de fiestas en San Francisco, Los Ángeles y otras ciudades del Oeste, capitán Wilson. Muchos hombres me han invitado a salir a la terraza después de bailar, y siempre he dicho que no.

—Pero ahora dices que sí, muchacha.

Elsa miró los ojos de aquel hombre. Y vio tal energía, tal persuasión en ellos que tuvo que bajar la cabeza.

—Digo que sí, capitán Wilson.

Salieron al porche. Miles de estrellas titilaban quietamente en la noche, y Elsa no pudo evitar sentirse sobrecogida por el horror al pensar que bajo aquellas mismas estrellas, no lejos de allí, Dawes, el hombre que al fin y al cabo la había defendido y a quien ella traicionó, miraba eternamente el cielo negro.

—Es usted un hombre extraño, capitán.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Una mujer nunca debe confesar por qué un hombre le parece extraño. Sería como alabarle, ¿me comprende? A las muchachas les gusta que los hombres sean enigmáticos. Y en usted hay tantas

cosas sorprendentes que no sé qué pensar.

—En ti también hay cosas que me sorprenden, muchacha.

Se acercó un poco a ella y la tomó por los brazos, Elsa vio muy cerca el rostro del hombre y comprendió que iba a ser besada. Nadie la había besado aún, nadie, excepto el bestia de Lótimer. Aquello era como un licor dulce y amargo a la vez, que había que saborear como si contuviera todo el néctar de la vida. Cerró los ojos, sin oponer resistencia, y en aquel momento se oyeron dos disparos.

Frank Wilson se volvió con la agilidad de un reptil, desenfundando su revólver. El que había disparado era un hombre de los colocados como centinelas, y lo había hecho sobre cuatro o cinco bultos que se alejaban protegidos por las sombras de la noche. Frank disparó también, aunque inútilmente. Los fugitivos habían alcanzado ya la cerca de los caballos, procurándose rápidamente monturas y emprendiendo un veloz galope. Frank tuvo tiempo de comprobar que eran cinco los que huían.

—¿Los perseguimos, ¡señor!? —preguntó el centinela.

—¿Perseguirlos? No, Johnson. Irán a decirles a los sudistas que estamos aquí, pero no llegarán hasta mañana. Y una vez amanecido, a nosotros, ¿qué nos importa?

Se volvió hacia Elsa, como para continuar la interrumpida maniobra del beso. Pero algo había cambiado ya en la mujer, o por lo menos en el clima. Los ojos de la hembra brillaban de un modo distinto, llenos de temor. Y era porque se había dado cuenta de que uno de los fugitivos era Lótimer.

Frank Wilson, además de un hombre guapo y decidido, era también adivino, al parecer.

—Temes porque ha escapado aquel rufián, ¿no es cierto, muchacha? Pero no te preocupes, no volverá a molestarte. Nosotros estaremos muy cerca 4e aquí, y en cuanto le ponga otra vez los ojos encima…

Hizo un gesto significativo, pasándose el índice por el cuello.

—Más vale que entremos, capitán. La gente está inquieta a causa que los disparos.

Pasaron al interior. En efecto, el baile había cesado, y hombres y mujeres se miraban unos a otros, perplejos.

—Parece que he sido un poco confiado —susurró Frank Wilson

—. En fin, la cosa no tiene importancia. ¿Bailas otra vez, pequeña hada?

La improvisada orquesta volvió a actuar, y Elsa no pudo negarse. Pero ahora el capitán parecía preocupado. Cuando hubieron danzado unos cuantos compases, preguntó:

—¿Ese Fred Dawes…, asaltó el rancho? ¿Se llevó algo de aquí?

—¡Oh, no! No pudo. Su cuadrilla inició un ataque en regla, pero alguien había avisado a mi padre y estábamos prevenidos. Fueron deshechos en pocos minutos. Sólo él logró quedar vivo, y ahora…

—Sí, ya sé. Está muerto. ¿De modo que nada ha ocurrido aquí?

—En realidad, nada…, Frank.

El sonrió otra vez. Terminaron aquel vals e inmediatamente concluyó la fiesta.

—Los hombres tienen que estar descansados para emprender la marcha mañana al amanecer —dijo Frank i Wilson—. Nos retiraremos ahora y organizaré los turnos de vigilancia. Creo que por el momento debemos despedimos, muchacha…

Sonrió y apresó su mano, besándola delicadamente. Elsa sintió aquel beso en sus mejillas, en sus labios. Bajó los ojos.

—Buenas noches, capitán Wilson. Le deseo suerte.

—¿A pesar de ser un «maldito» nordista?

—A pesar de ello.

Frank Wilson volvió a besar su mano y luego se alejó en compañía de sus oficiales. Éstos eran unos tipos malcarados, de facciones duras y recias, cuyos ojos brillaban a veces de un modo inhumano. Parecía imposible que un hombre tan selecto como Wilson tuviera por subordinados a aquellos «rostros de piedra».

Al retirarse Elsa, su padre se le acercó un momento, murmurando a su oído:

—No me gusta nada de lo que ocurre. Quiero que tu alcoba esté bien cerrada esta noche. Y guarda las joyas, sobre todo el collar de brillantes de tu madre.

—También yo había pensado lo mismo.

Y era cierto. A Elsa no le gustaban tantos hombres desconocidos en la casa, aunque estuvieran mandados por un oficial tan interesante como Frank Wilson. Quizá, en el fondo, era éste el que más recelo despertaba en ella. Por consiguiente, cerró con llave su dormitorio y colocó muebles tras la puerta, asegurando luego las

ventanas. Pero aun así no pudo dormir.

Antes del alba partieron los nordistas, tan silenciosamente como habían llegado. Sus caballos parecían amaestrados; tal era la suavidad con que arrastraban los cascos. Elsa, desde su ventana, los vio desaparecer en la lejanía, y hubiese jurado que Wilson miraba hacia ella y le hacía una señal de despedida.

Hasta unas horas más tarde, no llegaron los del Sur, Formaban dos compañías, aunque muy diezmadas por los últimos combates con la tropa de Frank Wilson. A pesar de estar en su territorio iban tan sucias, destrozados y con una tal moral de derrota que Elsa, sudista hasta entonces como su padre, sintió de repente que aquellos hombres no representaban a su tierra.

Un oficial no muy educado les obligó a reunirse todos en el salón principal del rancho, iniciando los interrogatorios.

—Ustedes dieron una fiesta a las tropas nordistas cuando llegaron aquí anoche. ¿Por qué?

—Nos obligaron a ello —repuso Wagner—. Un capitán llamado Frank Wilson fue el que lo organizó todo. Hubiera sido de locos el negarse. Ellos eran ochenta hombres armados y actuando en territorio enemigo.

—Wagner tiene razón —terció el *sheriff*—. Su fidelidad a la causa del Sur está lo bastante probada para evitarle ahora este molesto interrogatorio. Caso de oponer cualquier resistencia, esos hombres hubieran podido llenarnos los cuerpos de plomo.

—Está bien —gruñó el oficial—. Me daré por satisfecho con sus precarias explicaciones, aunque les advierto que cuando la compañía de ese Frank Wilson haya sido aniquilada trataremos otra vez de este asunto. Por el momento no tengo tiempo que dedicarles a ustedes. Volveré.

Hizo formar sus tropas y, diez minutos más tarde, partían al galope. Elsa los vio desaparecer con una sensación de alivio.

Pero las sorpresas que se iniciaron con la llegada de Fred Dawes no habían hecho más que empezar. Porque poco después, hacia el mediodía, ocurrió lo más extraño que Elsa hubiera imaginado nunca.

Estaba el sol en su cénit cuando a rancho Wagner llegaron diez hombres. No lo hicieron mostrándose abiertamente, sino que siguieron el curso de un riachuelo contiguo, parcialmente cubierto

por una espesa vegetación. Nadie los esperaba cuando se presentaron en el recinto donde los peones se dedicaban aquella mañana a herrar caballos.

Iban vestidos con burdas ropas de vaquero, usaban «Colt» de calibre pesado y llevaban los rostros cubiertos por pañuelos negros, todos iguales, que sólo dejaban al descubierto sus ojos. En el mismo instante que su aparición comenzaron a hacer fuego, clavando sus balas con increíble saña. Los siete hombres que se hallaban trabajando en el patio frontero al rancho cayeron muertos o heridos antes de tener tiempo para desenfundar sus armas. Inmediatamente, nueve de los diez asaltantes se apearon de sus monturas y penetraron disparando por las ventanas de rancho Wagner, mientras uno sólo quedaba montado frente a la entrada principal. Era un tipo alto y fuerte, con el sombrero echado sobre los ojos. Se adivinaba joven, pero todo él parecía siniestro como una aparición.

Elsa se encontraba precisamente junto a la puerta cuando los asaltantes comenzaron a saltar por las ventanas. Vio enfrente al individuo que había quedado a caballo, y en sus contornos advirtió algo conocido que le hizo recordar a Dawes. Pero era tan absurdo que el pensamiento voló de su mente en el instante mismo de ser formulado. Grito, aunque no estuvo segura de que sonido alguno partiese de su garganta. Dos de los vaqueros que estaban junto a ella, los mejores tiradores del rancho, salieron inmediatamente con las armas preparadas. Uno de ellos logro nacer fuego, pero el otro ni siquiera pudo levantar el revólver. Dos disparos del desconocido cercenaron sus cabezas.

Ahora sí que Elsa chilló con todas sus tuerzas, presintiendo que allí podría sobrevenirle algo peor que la muerte.

El *sheriff* y dos de sus hombres estaban en el piso superior, junto con Wagner. Los cuatro se asomaron a las ventanas, alarmados, al oír los primeros disparos. Y los cuatro desenfundaron sus revólveres al ver de qué se trataba.

—¡Pronto! ¡Hay que salvar a Elsa!

Pero la muchacha ya corría escaleras arriba. Casi fue a tropezar con los brazos de su padre, que en aquel momento abría la puerta de la hacinación para bajar en su busca.

—Escóndete, hija mía. Hay que…

Dos hombres aparecieron en aquel instante bajo el j dintel. Los

dos dispararon a la vez, y el *sheriff*, que había levantado su revólver más rápidamente que nadie, cayó con la frente atravesada. Uno de sus agentes, en el momento de recibir plomo en el pecho, disparó también, enviando al infierno a uno de los asaltantes. El otro facineroso, cuando se disponía a disparar sobre el viejo Wagner, vio brotar una llamarada ante sus ojos. Y sintió en la garganta un escozor profundo, caliente…

—¡Pronto, Elsa! ¡Tenemos que salir de aquí!

Iba a dirigirse hacia la puerta cuando alguien disparó desde un lado de ésta, protegiéndose en seguida. El viejo Wagner se llevó una mano al pecho, vacilando.

—¡Esos perros…!

El único agente del *sheriff* Que quedaba en pie se precipitó hacia la salida, disparando a derecha e izquierda como un verdadero toco. El hombre que había herido a Wagner cayo con tres balas en el abdomen, quedando atravesado en el umbral. Pero apenas el agente del *sheriff* había salido al pasillo cuando le alcanzó una rociada de piorno. Quiso disparar otra vez y sus dos revólveres acribillaron el suelo aun cuando él creía estar disparando hacía el frente. Cayó encogido, con más de ocho impactos en el cuerpo.

Wagner vaciló. A no ser por su hija, que le sostenía con todas sus fuerzas, ya hubiese caído al suelo.

—Elsa —susurró—. Elsa… Tienes que, que… En las cuadras hay… Elsa…

La muchacha oyó pasos en el corredor. Había llegado el momento decisivo.

—Dame tu revolver, padre.

—Elsa, debo decirte que…

Parecía como si el viejo Wagner no quisiera despedirse de este mundo sin confiar a su hija su secreto. Pero ella no le hacía caso. Empuñó por el cañón el «Colt» calibre pesado de su padre.

—Es tarde, muchacha.

La bala perforó el revólver, haciéndolo saltar. Elsa vio como entre sueños al hombre que había aparecido en la puerta. Quiso gritar de nuevo, y tendió ambas manos desesperadamente cuando le vio levantar el revólver. Pero, como el forajido había dicho, ya era tarde. La detonación cegó a la joven, mientras sentía el espasmo de su padre al ser atravesado. El viejo Wagner cayó pesadamente, y su

asesino entró en la habitación. Con ojos de hielo, con una especie de hierática frialdad en su rostro, Elsa se vio avanzar. El hombre rasgó su vestido. Iba a acercarse más a ella cuando una orden pronunciada con voz ronca en la puerta del rancho le hizo desistir. Avanzó de espaldas, mirando a Elsa con ojos codiciosos. Apenas desaparecido, ella se arrojó llorando sobre el cadáver de su padre.

Nadie más vino a molestarla. Supo que los asaltantes registraban toda la casa y sus dependencias por los ruidos de los muebles al ser volcados y abiertos. Una hora después, un humo espeso que trepaba hasta Ja ventana le indicó que había comenzado el incendio del que fuera floreciente rancho Wagner.

# CAPÍTULO V

«Hombre de sólida posición, educado, correcto, sin parientes cercanos, contraería matrimonio por poderes con muchacha pobre, preferentemente arruinada por la guerra, seriedad y reserva absoluta.

»Escribir Sam Faulkner, abogado. En Scoutville. Territorio de Arizona».

Elsa Wagner depositó el periódico sobre la mesa y quedó unos instantes, sumida en profundas reflexiones. Luego tomó de nuevo el periódico y volvió a leer el anuncio. El rotativo que tenía entre las manos era La Voz del Pionero, uno de los de más circulación en el Oeste por cuanto era el primero en transmitir las noticias sobre nuevos descubrimientos de minas, y aquel anuncio había sido insertado en él cinco días atrás.

La muchacha dejó ahora caer el periódico sobre su falda y se puso a contemplar, pensativa, el techo de la habitación en que se encontraba.

Habían cambiado mucho las circunstancias para Elsa Wagner desde que el rancho de su padre fue incendiado, cosa de un año atrás. Ahora ella no era más que una de tantas y tantas jóvenes destrozadas por la guerra y reducidas a la más extrema miseria. Dueña tan sólo de un solar calcinado y unos cuantos esqueletos de caballos, por todas las propiedades de Elsa Wagner nadie hubiese dado ahora más de cien o ciento cincuenta dólares en buena moneda del Norte. Por otra parte, la Confederación había sido derrotada, y en las ciudades del Sur, sin industria y sin riqueza, no había trabajo para nadie, y menos para una mujer. Elsa había tenido que ir peregrinando hacia el Oeste, hacia las tierras nuevas, y después de vivir en Nuevo México estaba ahora en Arizona, uno

de los territorios más salvajes de la Unión. Empezaba a desesperar de su destino cuando casualmente cayó en sus manos aquel periódico, y con él., aquel anuncio.

Se llevó una mano a los ojos, como queriendo alejar de sí todos sus tristes pensamientos. En aquel instante llamaron a la puerta y alguien entró, sin aguardar permiso.

—Tendrá usted que abonar su cuenta, *miss* Wagner —dijo el dueño del hotel, plantándose en el umbral—. Van a llegar forasteros a San Rafael y necesito positivamente esta habitación. Usted lo sabe.

Elsa le miró fijamente. Había adelgazado un poco, pero seguía siendo radiantemente hermosa. Y, sobre todo, seguía teniendo su aire de verdadera dama, de mujer educada en los mejores internados del Sur.

—Estoy ultimando un negocio, míster Campson —sonrió—. Y sé que podré pagarle dentro de unos días.

El hombre, gruñendo algo ininteligible, se retiró, no sin antes dirigir a Elsa una mirada codiciosa. Ésta sabía perfectamente hacia qué objetivo iban dirigidas todas aquellas maniobras, y al cerrarse la puerta tras el hombre no pudo disimular una mueca de inquietud.

«Quizá es sólo esto lo que necesitaba para decidirme —pensó—. Escribiré».

Sin pérdida de tiempo, dirigió una carta a Sam Faulkner, abogado de Scoutville, estado de Arizona. Dijo en ella ser una muchacha de veinte años, completamente arruinada por la guerra. Sus datos físicos eran: estatura mediana, llena de formas, cabello oscuro, ojos negros y piel blanca. Había sido educada en los mejores establecimientos docentes del Sur, y sabía piano, violín y tres idiomas. En fin, deseaba casarse por poderes con el «hombre de sólida posición, educado, correcto…».

Cuando Elsa terminó la carta se puso a llorar, ocultando su rostro con las manos porque tuvo la sensación, al enumerar sus datos físicos, de que estaba vendiendo un caballo. Y de que ella era el caballo.

* * *

Un día después de entregar la carta al correo pensó que nunca recibida respuesta. Probablemente eran legión las mujeres —viudas

y huérfanas de guerra— que habrían contestado la oferta, enumerando detalles físicos tal vez tentadores, y acompañando daguerrotipos de sus rostros o quién sabe si de sus cuerpos. El «hombre correcto, etc.» jamás se fijaría en una tal «Elsa Wagner, de mediana estatura y llena de formas». Por consiguiente, tendría que resolver su situación de otro modo, y al pensar en ello, Elsa casi se alegró, porque aquel sistema de matrimonio por conveniencia le parecía, junto con la traición de Fred Dawes, lo más vergonzoso que había iniciado en su vida.

Sin embargo, una semana más tarde recibió la respuesta, por medio del abogado Sam Faulkner. Elsa se llevó una rotunda sorpresa al leerla:

> «Me es muy grato comunicarle que su oferta ha sido aceptada por mi representado, el cual ha acogido gustosamente la posibilidad de contraer matrimonio con usted seleccionando su oferta entre más de doscientas recibidas últimamente. Si usted persiste en su propósito, no tiene más que entrevistarse con míster. Louis Farwell, abogado de esta ciudad, al cual envío con esta fecha la documentación correspondiente. El la asistirá, representando al marido, durante la ceremonia, asistiendo yo, por mi parte, a míster Bruce Colbert, su futuro marido de usted.
>
> »Me considero en la grata obligación de comunicarle que míster Bruce Colbert no es ningún enfermo ni impedido, sino persona de excelente salud y que contrae este matrimonio con fines exclusivamente caritativos, no quedando usted, a pesar de ello, en ninguna situación de inferioridad respecto a él, que está dispuesto a recibiría cordialmente como a su legítima esposa. Debo también comunicarle que míster Louis Farwell, abogado de esta ciudad, le facilitará los fondos necesarios para emprender viaje a Scoutville después de la ceremonia.

»Suyo atento afirmo…».

Elsa Wagner arrugó el papel entre sus dedos. Todo aquello era demasiado inesperado, hasta si se quería demasiado absurdo. No tenía por qué haber sido elegida ella, ni había razón que en una época tan turbulenta existiesen hombres guiados sólo por un espíritu caritativo. ¿No habría alguna razón especial para que aquel hombre tuviera interés en casarse precisamente con ella? Repasando en sus recuerdos, Elsa no encontró ningún Bruce Colbert. Y no sabía duda de que éste era su verdadero nombre, pues la gestión tenía un aspecto completa y normalmente legal, y era realizada por abogados con exhibición de documentos. Quizá era la misma modestia de su carta lo que había atraído a aquel misterioso Bruce Colbert. Pensando en todo esto, Elsa preguntó en el hotel la dirección del abogado Louis Farwell y fue a visitarle.

Éste tenía su despacho en la mejor calle de San Rafael y era un hombre severo, de unos cincuenta años, cuya seriedad pareció a Elsa una garantía. Inmediatamente la hizo pasar y sentarse.

—¿Conoce usted a Bruce Colbert? —preguntó ante todo la muchacha, tras aclarar su identidad.

—No, no le conozco. Pero me basta verla a usted para comprender que será hombre de buen gusto.

—Míster Colbert ignora en realidad si yo soy hermosa o fea, si tengo buen o mal carácter y si mis dientes recuerdan un collar de perlas o la dentadura de un caballo. Quiero decir que él tampoco me conoce a mí.

El abogado parpadeó, sorprendido.

—Quizá es un hombre que ama las sorpresas. Las bodas por poderes suelen facilitarlas. Pero lo que sí puedo asegurarle es que Sam Faulkner, mi colega de Scoutville, es un hombre de absoluta seriedad.

—De un modo u otro estoy decidida a contraer ese matrimonio. ¿Tiene usted los documentos?

El abogado extrajo unos papeles del cajón central de su mesa y luego se quedó mirando a Elsa.

—¿Puedo preguntarle por qué da usted este paso, *miss* Wagner? Me permito decirle que en modo alguno me parece usted una aventurera.

Ella bajó los ojos.

—Debo un mes de mi hospedaje en esta ciudad.

—¿Y bien? Ésta no es razón. Puede usted obtener un préstamo sin necesidad de ligarse con un desconocido para toda la vida.

La muchacha miró al hombre de leyes. Sus ojos parecían ahora transparentes, de tan limpios y claros.

—Usted sabe perfectamente que en San Rafael una mujer joven sólo tiene un medio a su alcance para obtener préstamos. Y, puestos a entregarme contra mi voluntad, prefiero hacerlo legítimamente. Además, mis propósitos van más allá, míster Farwell: quiero rehacer algún día lo que fue mi rancho. Hay un lugar de Texas donde ahora sólo reside la muerte. Pero antaño fue un lugar floreciente, lleno de vida y de prosperidad. Lo llamaban rancho Wagner. Yo nací allí y allí quisiera haber muerto. Pero ya que sigo viva ha de ser para algo; desde que enterré a mis padres entre sus ruinas me prometí que algún día reconstruiría aquello.

Farwell la miró fijamente.

—No soy un hombre curioso, pero me gustaría conocer su historia, *miss* Wagner.

Elsa explicó todo lo sucedido en los últimos meses, sintiendo que de este modo, al transmitidas de palabra a alguien, aliviaba sus penas. Recalcó de un modo especial los sucesos ocurridos con Lótimer, Fred Dawes y el capitán Frank Wilson.

—¿Sospecha usted quiénes pudieran ser aquellos bandidos?

—No. Incluso los cuerpos de los que habían caído fueron devorados por las llamas que asolaron él rancho, de modo que no pude examinarlos. Pero Fred Dawes, el único bandolero de la comarca, estaba muerto, y su banda había sido deshecha. No comprendo quiénes pudieron ser.

—¿Lótimer, tal vez?

—Lótimer era un granuja, pero no tenía una banda ni podía tenerla. Además, le hubiese reconocido, a pesar del antifaz. Llevábamos mucho tiempo viviendo juntos en el rancho. Quienes fueran lo robaron todo, incluso el collar de brillantes que perteneció a mi madre.

—Bien, *miss* Wagner, sólo puedo decirle, si eso le sirve de consuelo, que ahora tiene usted una vida por delante y debe olvidar lo pasado. Si todos esos individuos que usted ha mencionado

parecen desde entonces haber sido tragados por las sombras, lo mejor es hacer el juego al destino y no recordarlos más. Aquí tengo la escritura de poderes de míster Bruce Colbert. ¿Cuándo desea usted que se celebre la boda?

Elsa sintió como si en su corazón alguien deslizase unas gotas de líquido frío.

—Mañana.

El abogado extrajo, también del cajón central de su mesa, un puñado de dólares.

—Su futuro esposo, míster Colbert, me ha hecho, a través de su abogado, provisión de fondos para los gastos de usted. Entiendo que el hospedaje forma parte de ellos, y así le ruego acepte estos cien dólares para pagar sus atrasos. ¿Serán suficientes?

—Sí, míster Farwell. Gracias.

La mano de Elsa tembló al aceptar aquel dinero. Era parte del precio en que se había tasado a sí misma. «Es un anticipo a cuenta de la venta del caballo», se dijo.

—La veo muy triste. ¿Ocurre algo?

—No. No, míster Farwell… Gracias.

Sus labios casi se movieron para preguntar, al menos, qué edad tenía Bruce Colbert. Pero temió oír una respuesta que la dejase anonadada, y prefirió guardar silencio.

El abogado la acompañó hasta la puerta.

—Hasta mañana, pues, *miss* Wagner, A las once estará el juez en mi despacho y llevaremos a cabo la ceremonia.

Elsa se retiró como si fuera una sonámbula.

Al día siguiente amaneció gris y nublado, y todas las cosas adquirieron a los ojos de Elsa un ingrato color de plomo.

Todas las mujeres han soñado en el día de su boda y todas 10 han rodeado de unas circunstancias ideales, en que se den cita cuantos elementos desean para su dicha. Elsa Wagner, que por su fortuna parecía llamada a ver convertidos en realidades todos sus sueños, jamás creyó que el día de su boda pudiera ser así. Triste, cargados sus ojos de un profundo color sombra, se vistió con sus mejores ropas, calzó sus más finas medias y sus zapatos más elegantes, todo exactamente igual que si unas horas más tarde hubiera de entregar su juventud a un hombre. A pesar del aspecto fatigado de su rostro y a pesar de la tristeza que había en sus ojos,

estaba tan hermosa que Louis Farwell, al verla de nuevo, no pudo evitar un silbido de admiración.

—Creo que nunca había visto una mujer como usted, *miss* Wagner. Pase, todo está listo para empezar la ceremonia.

En el despacho estaban el juez y dos escribientes de Farwell, que actuarían como testigos. La tristeza se adueñó aún más del espíritu de Elsa al encontrarse encerrada allí. Con una absoluta frialdad, sin la menor emoción, escuchó las palabras que la convertían en legítima esposa de un hombre llamado Bruce Colbert, habitante de Scoutville, en Arizona. Nunca creyó que una cosa tan definitiva pudiera al mismo tiempo ser tan triste. Cuando el juez dio por terminado el acto, ella estaba mirando con extraordinaria fijeza una mancha de tinta sobre uno de los pupitres.

—Ahora debe usted tomar la diligencia, *mistress* Colbert —Elsa sé estremeció al oírse llamar así—. Hemos obtenido ya su billete. Helo aquí, junto con una suma de dinero que consideramos prudente para el viaje.

—Gracias. ¿Cuánto tardaré en llegar a Scoutville?

—Día y medio. Desde aquí advertiré por telégrafo a su esposo que ha emprendido usted el viaje.

—Estoy de acuerdo en todo, míster Farwell. Gracias por sus atenciones.

Elsa salió de allí convertida ya en una mujer casada [1] Más triste todavía que por la mañana, tomó la diligencia. El dueño del hotel la saludó burlonamente al despedirse.

—Adiós, *mistress* no sé cuántos. Ya me he enterado de que ha tenido usted la mar de suerte.

Y sus ojos codiciosos la siguieron hasta que ella se perdió en el interior de la diligencia.

Había concluido una guerra y habían comenzado dos. Tal era el triste destino, en 1865, de los Estados y territorios del Sur y Sudoeste de los Estados Unidos.

El fin de la Guerra de Secesión había significado para millares de hombres un nuevo salto hacia el Oeste. Y los indios, que habían podido reorganizarse durante aquellos cuatro años de relativa tranquilidad para sus tribus, pintaron de nuevo sus rostros y empuñaron las hachas de guerra. Millares de hombres perdieron su cabellera y algo más importante: el cráneo. Cientos de mujeres

pasaron por las peores pruebas en las tierras nuevas de Utah, Nevada, Idaho y Oregón. Varios regimientos de la mejor caballería del Norte fueron enviados a escarmentar a los indios, y ésta fue una guerra.

Por otra parte, tras la disolución de los ejércitos, el bandidaje había hecho su aparición. Hombres cuya profesión era matar se asentaron en las ciudades más florecientes del Geste. Bandas crueles y sanguinarias asolaron las rutas de diligencias. Contra ellos lucharon los *sheriffs* y las débiles juntas de vecinos de cada población y ésa fue la segunda guerra, más peligrosa y cruenta aún que la que se sostenía contra los indios. Hubo lugares que merecieron el nombre de «Ciudades Malditas». Y una de ellas era Scoutville, en Arizona.

Elsa adivinó que no todo iba a ser sencillo cuando llegaron a unas diez millas de su destino. Siete hombres armados aguardaban en un cruce de caminos, y la diligencia se detuvo.

—¿Viaja aquí una tal Elsa Wagner? —inquirió el que parecía ser el jefe.

Elsa sacó la cabeza por la ventanilla.

—Soy yo. ¿Qué ocurre?

—¡Hum! El patrón tiene buen gusto, a lo que se ve. Estamos encargados de protegerla, muchacha.

—¿Protegerme? ¿Para qué?

—Tal vez usted, cándida paloma salida de un colegio, ignore que Bruce Colbert: su esposo, es el verdadero rey de Scoutville, y que como tal tiene muchos enemigos. Hay más bandidos en esa ciudad que moscas en un gato muerto. Y no queremos que le pase nada, nena.

Elsa se fijó en aquellos tipos. Todos iban vestidos de manera parecida, y todos tenían semejante expresión de bestias salvajes. Llevaban dos revólveres al cinto y un rifle último modelo en la silla.

—¡Vamos! ¡Adelante!

El que parecía jefe de todos ellos dio un par de golpes a las ancas de los caballos delanteros, y éstos emprendieron el galope. Una vez la diligencia en marcha, Elsa notó que dos de los pasajeros la miraban con gran curiosidad.

—¿Tiene usted algo que ver con Bruce Colbert? —preguntó uno de ellos en voz baja—. He oído decir que…

—Si. Soy su esposa. ¿Es que le conoce usted personalmente?

La curiosidad de Elsa había podido más que su tacto.

—Naturalmente. ¿Quién no conoce a Bruce Colbert? Es uno de los hombres más ricos de Arizona y el verdadero amo de la dudad en que habita. Me permito decirle también que es tan temido como rico. En fin, usted ya debe conocer todo esto.

—No. Me be casado por poderes y aún no conozco a mi marido; no les sorprenda mi situación, supongo que muchas mujeres se casaron así durante la guerra o después de ella. ¿Ha vivido Bruce muchos años en Scoutville?

—¡Oh, no! Llegó allí hace justamente un año. Traía mucho dinero y compró millares de cabezas de ganado.

Sus hombres las transportaron a California, donde la carne se pagaba bien, y su fortuna se vio duplicada. Hoy su negocio es el más floreciente de la comarca. Pero todos los cuatreros se han lanzado sobre él y… Bien, no sé si debo decirle esto… Su marido vive una existencia inquieta y peligrosa. Kay sangre en sus manos, si me permite la expresión. Su vida entera es un auténtico misterio.

Elsa señaló con los ojos hacia el exterior.

—¿Y ésos?

—¡Hum! ¡Simples pistoleros! Gentuza. Colbert los emplea para que no los emplee otro.

Elsa no quiso preguntar más. Habían bastado aquellas palabras para que la imagen de su esposo se le apareciese como la de un hombre duro y probablemente sin escrúpulos, acostumbrado a conseguirlo todo de grado o por la fuerza. Sólo Dios sabía qué motivos inconfesables la habían determinado a escogerla a ella como espesa.

Llegaron a Scoutville al anochecer. La ciudad hervía de animación y música, advirtiéndose a primera vista que era aquél el centro de diversiones de la comarca. Sin 1 embargo, con lo primero que tropezó la diligencia fue con un entierro. Los pistoleros que la escoltaban saludaron grotescamente con los sombreros y lanzaron burdas maldiciones al pasar el féretro.

—Hay muchos muertos diariamente en Scoutville —dijo el hombre que antes había hablado—. Ésta es realmente la ciudad de la sangre.

Se detuvieron ante un saloon donde la diligencia rendía viaje.

Todos los pasajeros, entre ellos Elsa, descendieron. Lo primero que vio la muchacha, atado a la barra, fue un soberbio caballo muy bien ensillado. Los pistoleros debían de conocerlo, porque inmediatamente tomaron una decisión:

—Será mejor que pase usted, señora —sus modales se habían vuelto finos de repente, como si la simple proximidad del jefe les abrumase—. El patrón está dentro.

Elsa fue la primera en entrar, pues los demás pasajeros le cedieron el paso. Y lo que le sorprendió ya al instante fue el hosco, el sobrecogedor silencio que había dentro del local.

Sobre el tablado del fondo, varias bailarinas permanecían quietas, contemplando absortas lo que ocurría en la sala. El piano estaba mudo. Todos los que se encontraban en el salean se habían dividido en dos extensos grupos, dejando entre ellos un ancho pasillo a cuyos extremos se encontraban dos hombres.

Elsa vio con claridad al que tenía más cerca, un tipo de anchas espaldas y facciones brutales, con dos revólveres al cinto. El otro estaba al fondo, y la sombra proyectada por una cortina le velaba completamente el rostro. Sólo se advertía que era joven y que vestía como un vaquero, aunque ropas de buena calidad. Llevaba un solo revólver.

—Sáqueme de aquí —susurró Elsa a uno de los que la habían custodiado hasta entonces—. Sáqueme, por Dios…

Pero el otro no debió oírla. Miraba como hipnotizado hacia el fondo de la sala, donde estaban los dos hombres.

El que daba las espaldas a Elsa habló primero, Su voz era ronca.

—Me alegra que estés preparado. ¿Te han dicho ya que vengo dispuesto a matarte?

Elsa jamás había presenciado un duelo. Mil veces le habían hablado de ellos, pero en rancho Wagner no los había, pese a estar en lo más salvaje de Texas. Se hallaban prohibidos. En Scoutville, como bien le había dicho su compañero de diligencia, todo era distinto. Ésta era la ciudad de la sangre.

—Me habían hablado de eso, Garwell. Y bien, ¿por qué no disparas?

Elsa tuvo un estremecimiento, viendo cómo actuaban los dos hombres. Garwell, el que estaba más cerca de ja muchacha pareció hacerlo antes, entreabriendo ambas piernas y dejándose caer de

rodillas. Sus dos revólveres vomitaron piorno a la vez, saliendo de las fundas con velocidad centelleante. El hombre que estaba al fondo no se movió. Parecía como si todo aquello fuera para él un juego insignificante y estúpido, en el que no valía la pena poner la menor atención. No obstante, sus piernas estaban tensas como dos cables. Cuando su enemigo cayó de rodillas, «sacando», él hizo un solo gesto con el codo y un revólver negro salió a la luz. La primera bala arañó las tablas del suelo, pasando entre las piernas de Garwell, justamente cuando éste levantaba los revólveres en posición de tiro. La segunda bala le alcanzó en el vientre y la tercera, instantánea, le atravesó la cabeza. De modo que el tipo gigantesco que Elsa había visto de espaldas estaba ya muerto, en realidad, cuando sus dedos se cerraron instintivamente sobre los gatillos. Las balas se perdieron aullando, hacia el fondo del saloon, y su antagonista ni siquiera se movió.

Elsa bajó los ojos consternada, horrorizada, hacia el hombre que había quedado tendido dé bruces sobre un charco de sangre. Entonces vio avanzar al otro. Lo vio avanzar como un fantasma, como una aparición. Sintió que uno de sus acompañantes la tomaba del brazo y decía:

—He aquí su marido, señora…

Elsa estuvo a punto de lanzar un grito.

# CAPÍTULO VI

Fred Dawes avanzó hacia la muchacha, con el revólver todavía humeante en la mano derecha. Sus ojos la miraron con indiferencia, como si examinasen un insecto.

—Se lo repito; he aquí a su marido, señora…

Elsa no pudo articular palabra. Notó que sus manos habían quedado rígidas a la altura de su pecho.

—No gastes más saliva presentándome, y llévala a casa —dijo Fred Dawes, mientras guardaba su revólver—. Probablemente necesita descansar.

Dando una indiferente media vuelta, se alejó hacia el fondo del saloon. Elsa, que no podía dar crédito a sus ojos, vio que las bailarinas del tablado se ponían de nuevo en movimiento, alzando las piernas por encima de las cabezas de los espectadores. Dos mozos levantaron el cuerpo del vencido y arrojaron serrín encima de la sangre, La atónita muchacha sintió entonces que alguien la volvía a sujetar por el brazo.

—Vamos, señora. Debe usted tomar posesión de su casa.

Como en un sueño, Elsa se dejó conducir a lo largo de la calle principal de Scoutville, irregular y polvorienta como un camino de la pradera, hasta una casa de dos pisos, completamente blanca, que se alzaba en las afueras de la población. Era tan hermosa y señorial que parecía increíble pudiera ser habitada por un pistolero como Dawes.

—Entre, señora…

Los salones eran suntuosos, las habitaciones estaban decoradas con un exquisito gusto y había allí, sólo en tapicería, una verdadera fortuna. Con ojos extraviados a causa del asombro, Elsa Wagner contempló todo aquello.

—Su habitación es la mejor de la casa. Tiene vistas a la calle, y podrá presenciar desde ella todos los desafíos y todos los entierros.

La muchacha no se atrevió a replicar. A cada instante que pagaba, los sucesos tomaban para ella, más y más, el carácter de un sueño.

La alcoba estaba tapizada en rojo, y la cama era espaciosa, de sólida caoba. Fue al verla cuando Elsa se dio cuenta de cuál era la exacta situación. Cuando se dio cuenta de que ella estaba casada con Fred Dawes, su peor enemigo y de que aquél era el dormitorio de los dos.

Con un ademán orgulloso se volvió a su acompañante. La mujer altiva y rebelde que siempre había sido volvió a nacer en aquel momento.

—¡Dígale a ese cerdo de los mataderos de Chicago, dígale a esa hiena del Mojave, a ese buitre de los Apalaches que jamás haré vida en común con él! ¡Dígale que le desprecio con toda mi alma y que perderé toda mi sangre antes de que me ponga un dedo encima! ¡Que sepa que una mujer como Elsa Wagner no se casa con un asesino!

—Se ha casado ya, preciosa…

Elsa cerró la boca con tal fuerza que se hizo sangre en los labios. Fred Dawes acababa de aparecer en la puerta dé la habitación.

—Puedes retirarte, Jim.

El pistolero que había acompañado a Elsa hizo una grotesca inclinación de cabeza y salió de la habitación. La muchacha quedó sola con el único hombre a quien jamás en su vida hubiese pensado volver a ver.

—Celebro que nos hayamos encontrado de nuevo, Elsa…

Se acercó a ella y le propinó una seca bofetada, con tal fuerza que la arrojó sobre el lecho. La muchacha, atónita, se llevó la mano a los labios, donde las gotitas de sangre se habían transformado en una ancha línea roja.

—¡Canalla!

—Esto es por «Van», mi caballo. Un animal mucho más inteligente que tú, animal hembra, y al que destruiste.

Elsa se incorporó. Sus facciones estaban crispadas por una mueca de odio.

—No sé cómo te salvaste ni cómo has llegado a ser un hombre

rico, Fred Dawes. Pero sé que te desprecio con todas mis fuerzas. ¡Crees haberme comprado con tu oro y en realidad has comprado tu muerte! ¡Yo te asesinaré en cuanto pueda, Dawes!

El sonrió. Toda su expresión jovial de antaño había desaparecido. Ahora su sonrisa era cuadrada, seca.

—Toma mi revólver.

Se lo arrojó con un ademán despectivo encima de la falda. Elsa lo apresó con las dos manos, con un ademán ansioso, y apuntó. Todos los músculos de su cuello estaban tensos y sus labios apretados en una mueca de rabia. Parecía dispuesta a hacer fuego, efectivamente, pero Dawes no se movió. Su sonrisa seguía siendo cuadrada. Elsa sintió que algo mordía en su garganta y le fallaron las fuerzas. Bajó el revólver como si una mano invisible le empujara los brazos.

—¡Bah, sólo sabes matar caballos!

—También sé matar hienas.

Dawes se volvió de espaldas y se puso a, caminar indolentemente hacia la ventana.

—Así te será más fácil. Vamos, preciosa, aprieta el gatillo.

Otra vez Elsa volvió a levantar el revólver y otra vez sintió que algo fallaba en su interior, dejándola sin energías. Pero se levantó y avanzó rápidamente hacia Dawes; si era incapaz de disparar, sí podría al menos, aplastarle la culata en la nuca. Levantó el arma e hizo acopio de fuerzas. Dawes, en aquel momento, se volvió. Sus ojos parecieron atravesarla, hundirla. Elsa bajó el arma y empezó a jadear, vencida de antemano, acorralada por la fuerza misteriosa de aquellos oíos. Dawes la abrazó y la besó con fuerza en los labios, donde aún seguía aquel hilillo de sangre. La besó hasta Que tuvo la sensación de ahogarla, de destruirla. Elsa bajó los brazos y estuvo a punto de dejarse caer, inerte frente al hombre.

—Eres… un perro vagabundo a quien han arrancado los dientes. Eres un pobre escorpión sin veneno. En eso te has convertido, Dawes, al haber caído en la tentación de besarme.

El la empujó suavemente, caminando hacia la ventana. Una vez en ella, se detuvo y, sin volver la espalda, dijo:

—Si intentas repetir tu amenaza de que harás lo posible para matarme, he tomado ya nota de ello. Sé, además, que tienes a tu disposición un buen catálogo de traiciones. Pero antes de acabar

conmigo querrás saber sin duda como logré salvarme. Te supongo enterada de la clase de muerte que me prepararon tu amigo Lótimer y el *sheriff*.

—Ni Lótimer era amigo mío ni sé lo que pensaban hacer contigo. Sigue.

—Tensaron, sin duda, que descerrajarme un tiro en la cabeza era tarea propia de gañanes, de seres sin imaginación. Y acordaron enterrarme en la arena hasta la cabeza, para que muriese de sed y de asfixia al salir el sol. Así lo hicieron.

—Una muerte digna de ti, Dawes. Pero a los perros se les echa también un poco de cal, para que se pudran antes.

El sonrió, volviéndose a medias. Elsa se dio cuenta entonces de que su expresión era la de un hombre indiferente a todo, casi la expresión desengañada de un viejo.

—Aquella noche pasó por allí una patrulla del Norte —dijo en voz baja—. La formaban cinco hombres.

—Seguramente pertenecían a la compañía que llegó a rancho Wagner. Estuvieron allí hasta el amanecer.

—Posiblemente. Pues bien, aquellos hombres tropezaron conmigo cuando ya había perdido el conocimiento. Estuvieron a punto de pisarme con sus caballos antes de verme… Me liberaron y me dejaron marchar.

Elsa paseó sus ojos por la alcoba. Parecía aceptar como lógica esta primera parte de la explicación, pero el resto, lo que ahora debería añadir Fred, lo consideraba de antemano absurdo.

—¿Y explica esto el que ahora puedas vivir con semejante lujo?

—No olvides que había dado buenos golpes en todo Texas —replicó en forma que a Elsa llegó a parecerle el colmo del cinismo—. Todo bandido tiene sus escondites, y es lógico que un par de años ejerciendo honradamente el oficio dejen un buen provecho.

—¿De modo… —Elsa respiraba entrecortadamente, tanta era su indignación—, de modo que todo esto es producto de tus robos?

—En efecto. Y aún no has visto lo mejor: tengo siempre centenares de cabezas de ganado en ruta hacia California.

Elsa, consternada, se dejó caer hacia atrás para tomar asiento en el borde del lecho. Siempre le habían enseñado que la virtud obtiene su premio y el mal su castigo, pero ahora la vida —la suprema y más inmoral de todas las maestras— le demostraba que

un; hombre puede ser un canalla y obtener, sin embargo, un destino tan brillante como jamás persona honrada alguna se atrevería a soñar.

—Otra cosa que deseo saber es porqué pusiste aquel anuncio absurdo en los periódicos, solicitando esposa.

Fred se pasó la mano derecha por los ojos, con un ademán fatigado.

—Eso no puedo decírtelo.

—Tu abogado me dijo que lo hacías con fines caritativos, cosa que, naturalmente, no creí.

—Hiciste bien. Yo no he practicado la caridad nunca.

Se acercó un paso a Elsa y la miró fijamente a los ojos.

—Lo que me he preguntado por mi parte es por qué fuiste tú precisamente una de las mujeres que contestaron el anuncio. ¿No eras rica? ¿No formaban un montón los aspirantes a tu mano?

Ahora fue Elsa la que bajó los ojos. No le gustaba rememorar su pasado, y menos delante de un hombre tan odioso como Dawes.

—Mi rancho fue incendiado y saqueado. Mi padre y el *sheriff* murieron aquel día.

—¿Saqueado? Esta vez el autor del golpe no pude ser yo, amiga. ¿Quiénes metieron la zarpa en ese asunto?

—Diez hombres que llevaban cubiertos sus rostros. No pude reconocer a ninguno de ellos. Incluso los cadáveres de los que recibieron plomo en la refriega fueron devorados por las llamas. No tengo ninguna pista, nada que pueda ayudarme a identificarlos algún día, salvo las joyas robadas.

—Lo siento.

Dawes parecía sincero. Elsa se dio cuenta entonces de que, a pesar del lujo de la mansión, él vestía como un vaquero corriente, y de que aquello formaba un gran contraste. Se dio cuenta también de que Fred Dawes era uno de los hombres físicamente más atractivos que había visto jamás, aun cuando en el instante mismo que formular este pensamiento no quiso ya reconocerlo.

—Ésa es la causa de que esté unida a ti. ¡Lo hice por pura ambición, por puro deseo de no ser más tiempo una miserable que se arrastraba por los Estados del Sudoeste! ¡Quería rehacer mi rancho y ésa fue la causa de que me vendiese! Porque en realidad me he vendido, ¿me entiendes? ¡Pero eso no significa que esté

dispuesta a concederte uno solo de tus derechos de comprador! ¡Aún tengo este revólver, Fred Dawes! ¡Acércate a mí otra vez y te vaciaré el cargador en la cabeza!

El se dirigió hacia la puerta, sonriendo secamente.

—No tengas miedo, Elsa Wagner. No todas las cosas que compro me son útiles luego. Puedes dormir tranquila.

Abrió la puerta. Ella le detuvo con un ademán.

—Hasta los caballos tienen derecho a conocer el verdadero nombre de su dueño. ¿Cómo te llamas en realidad? ¿Fred Dawes o Bruce Colbert?

—Mi auténtico nombre es Bruce Colbert. Fred Dawes era simplemente una especie de apodo profesional. Uno nunca debe avergonzar a la familia, ¿comprendes?

Sonrió de un modo que a Elsa le pareció el arquetipo del cinismo y un instante después había desaparecido tras la puerta. La muchacha quedó sola, quieta junto al lecho y hundida en un mar de profundas y contradictorias reflexiones.

A partir de las diez de la noche empezaba propiamente la alegría en Scoutville. Ésa era la hora en que todos los locales de diversión ofrecían lo mejor de su espectáculo, la hora en que todos los tahúres trabajaban y aquélla en que el dinero corría a raudales sobre las mesas de juego y las barras de los bebedores. No era de extrañar que hasta la ventana de la solitaria Elsa Wagner no llegasen más que compases de alegre música, lo que sólo contribuía a entristecerla y a hacer más intensa su pesadumbre.

Scoutville había sido ocupada poco antes por el ejército nordista sin disparar un solo tiro. Quizá por esto no había guarnición en la ciudad, que era una de las más afortunadas y prósperas de Arizona. De hecho la guerra no se había notado para nada allí, y los desertores y ex sudistas vivían en ella tranquilamente en tanto el gobernador militar decidía algo sobre su situación, cosa que por ahora no tenía aspecto de suceder.

Elsa había aprendido todo esto en su camino a Scoutville. Y se preguntaba ahora qué papel podía jugar en la ciudad un bandido como Fred Dawes o Bruce Colbert, un hombre al que se atribuían la mayor audacia y el más frío cinismo en la tarea de burlar a la ley. Elsa se negaba a creer que, aun en una ciudad tan turbulenta, un hombre pudiera vivir impunemente con el producto de sus robos,

sin que nadie le molestase.

Pensó que tal vez el hombre que Bruce había matado en el *saloon* fuese un representante de la ley que venía a exigirle cuentas. Pero no; aquel tipo tenía aspecto de todo menos de estar en paz con la justicia.

Dominada por esta curiosidad, Elsa decidió conocer mejor la casa y sus interioridades. El silencio en las diversas habitaciones era absoluto, lo que indicaba que Bruce y sus secuaces estaban fuera, tal vez divirtiéndose en algún saloon. Vio que la puerta estaba abierta y salió a un largo corredor. En casi todos los ángulos de la casa había luces de petróleo encendidas, lo que daba la sensación de que alguien estaba allí en aquellos momentos, pero Elsa se cercioró de que el silencio era absoluto.

Descendió a la planta baja, donde había varios dormitorios más modestos, cuatro en total, sin duda para los secuaces más íntimos de Bruce Colbert, una sala de espera, un comedor y un despacho.

Fue esta última habitación la que mayormente llamó la atención de Elsa. Se introdujo en ella y, con el mayor sigilo, empezó a registrar los cajones. Había en estos libros de contabilidad y archivos sobre el negocio ganadero de Colbert que realmente la sorprendieron, por cuanto no era de esperar que un bandido como él llevase sus registros con tal pulcritud, digna más bien de un banquero. En especial se fijó en el Libro Mayor, cuyos renglones Elsa, acostumbrada a la administración de un rancho, supo interpretar.

Bruce Colbert había partido de un capital inicial de doscientos mil dólares. Sus primeros negocios le habían permitido duplicarlos, y Elsa observó, comprobando datos, que de esos beneficios habían salido todos los gastos de construcción de la casa, mantenimiento y nuevas empresas de Bruce. El capital de doscientos mil dólares estaba ahora intacto, y su dueño no había vuelto a tocarlo, operando tan sólo con los beneficios, como si esa suma fuese sagrada para él.

Elsa terminaba de revisar el libro cuando oyó a su espalda una bien timbrada voz. Una voz conocida, que la hizo sentir un estremecimiento.

—¡Qué casualidad! ¡Mi vieja amiga, la celestial Elsa!

# Capítulo VII

Cuando una mujer se ha sentido atraída por un hombre, aun solo durante una noche, suele recordar mucho tiempo as más fugitivas inflexiones de su voz. Por eso, al oír aquellas palabras, Elsa supo que el que estaba a su espalda era el capitán Frank Wilson.

Se volvió poco a poco, aturdida por lo extraño de aquella situación. Y vio entonces de nuevo a aquel hombre: más atractivo que nunca vestido con un uniforme nuevo y luciendo al cinto un sable que despedía brillantes reflejos. Frank sonreía ahora con la mejor y más atractiva de sus sonrisas, sin que en los ojos que ahora contemplaban con admiración a Elsa se leyera la menor sorpresa.

—Nunca hubiera creído que esta casa guardara tesoros tan inapreciables, Elsa. ¿Eres ahora la dueña de todo esto?

La muchacha pensó que, en efecto, y por mucho que la idea la sorprendiera, ella era la dueña de todo aquello. Pero no quiso confesarlo.

—Sólo en cierto modo. Vivo aquí.

Al fijarse mejor en Frank Wilson vio, tras éste, una ventana de las de guillotina completamente abierta. No había duda de que el capitán había entrado por allí, tan silenciosamente como un gato.

—No sé si te habrá sorprendido verme en esta casa. Pero lo que a mí me deja perpleja es que hayas entrado como un ladrón. ¿Qué es lo que buscas aquí, Frank?

El se dejó caer tranquilamente sobre la silla rotatoria del despacho y, más tranquilamente aún, cruzó una pierna sobre otra.

—Actualmente soy el único oficial nordista que hay en Scoutville y sus alrededores. Cuento con treinta hombres que están acampados a ocho millas de aquí. Y la misión que hoy me ha traído a la ciudad es iniciar una serie de pesquisas sobre la fortuna de este

caballero.

De este… ajeno… Bruce Colbert. ¿Qué tienes tú que ver con él?

Elsa bajó los ojos. Nunca hubiera podido suponer que una cosa tan sencilla tuviera que decirse con tanto esfuerzo, con tanta vergüenza en la voz.

—Soy su esposa.

—Su…, ¿qué?

—Nos casamos por poderes hace unos días dijo:

Elsa con voz atropellada, deseando aclarar su situación cuanto antes.

—He llegado al anochecer a Scoutville y apenas he cambiado unas palabras con él. Ahora no está en la casa.

—Lo sé. Acabo de verle en el Blue Saloon. Por eso he venido aquí.

—¿En el Blue Saloon? ¿Y qué hacía?

La pregunta de Elsa denotaba una ansiedad que a ella le pareció vergonzosa e incomprensible, y que hizo sonreír a Frank Wilson.

—Es posible que, a pesar de todo, sientas algún interés por él, hada de las praderas. Quizá, en el fondo, le estás agradecida porque no te ha tocado un solo pelo de la ropa. ¿Pensaste en casarte cuando fue saqueado tu rancho?

—¿Cómo sabes que rancho Wagner fue destruido?

Frank sonrió de nuevo, pero ahora de un modo impersonal y frío.

—No olvides que mi compañía estuvo actuando por aquel territorio durante mucho tiempo. Rancho Wagner era el más próspero de la región, y su saqueo fue motivo de comentarios en todas partes.

Elsa bajó la cabeza. La apesadumbraban todos aquellos recuerdos; su vida entera era en estos momentos como una losa de plomo que gravitaba sobre sus hombros.

—No me gusta hablar de eso, Frank.

El se puso en pie.

—Bueno, he de revisar los papeles de tu amante esposo. Supongo que no te opondrás.

—¿Yo? ¿Oponerme? Puedes hacer con ellos lo que te plazca. Y si quieres detenerle o descerrajarle un tiro, yo tampoco me opondré.

En aquel momento sonaron pasos junto a la puerta. Él hombre y

la mujer irguieron sus cabezas.

—Será alguno de los criados. Yo le entretendré mientras tú revisas esto.

En el momento de dirigirse hacia la puerta, Bisa pensó que su conducta no era leal. Al fin, Dawes o Colbert, como quisiese llamarle, no le había causado a ella personalmente ningún daño. Al contrario, la había salvado una vez de las garras de Lótimer. Sólo el hecho de que fuese un bandido lleno de cinismo, y de que ella se sintiese humillada al verse convertida en su esposa podía justificar el que diese a Frank Wilson tantas facilidades para hundirle. Pero Elsa tenía ahora dolor en el corazón, porque ésta era la segunda vez que traicionaba a Bruce Colbert.

Abrió la puerta, encontrando en el vestíbulo a un negro que iba menguando la luz de las lámparas. Tendría unos treinta años, y era, verdaderamente, un hermoso ejemplar. Iba vestido con pantalón largo y camisa blanca, como un colono del Sur. Sus ojos bondadosos y limpios miraron a Elsa.

—Usted debe de ser *miss* Wagner —dijo, acercándose—. Yo soy Sani, *milady*. Su patrón me ha encargado que cuide de usted y la atienda hasta que pueda encontrar en Scoutville una doncella. Mientras tanto yo le entraré el desayuno todas las mañanas y le serviré la comida en su habitación, si lo desea.

—¿Le ha autorizado Bruce para eso?

—Desde luego, *milady*. Me dijo que respetara sus deseos y que la atendiese como si no estuviesen casados. Quiero decir, que si usted desea hacer sus comidas aparte, él no tiene inconveniente, si bien sé que al patrón le agradaría hacer vida en común.

—El patrón es un hombre muy extraño.

—Cierto, cuando se estableció en Scoutville no era así. Parecía muy alegre y tranquilo; pero hace quince días tuvo que entrevistarse a unas veinte millas de aquí con un general nordista, no sé para qué. Volvió cambiado, y ahora ya no hay alegría en sus ojos. Cuando le habla a uno parece como si se estuviera despidiendo de él. Toca las cosas como si no le pertenecieran. No sé para qué diablos ha puesto esta casa.

Elsa comprendió que, aunque el negro no recelaba nada, ella debía dar alguna excusa aceptable para justificar su presencia allí.

—Cierto. La casa impresiona. Precisamente he salido del

dormitorio para verla mejor.

El sirviente hizo un amplio ademán con los brazos.

—Aquí hay cuatro dormitorios, uno de ellos el mío. Los otros son para un segundo sirviente y para los vaqueros que regresan de vez en cuando de la ruta de California. El patrón tiene más de diez hombres empleados, pero raramente están aquí: tan sólo se dedican a conducir ganado.

—¿Por tanto él está casi solo en esta ciudad? ¿Y no tiene enemigos?

—Tiene montañas de enemigos. Un hombre rico no puede vivir en Scoutville sin que otros deseen su fortuna. Pero no parece que le importen gran cosa, porque él no tiene guardaespaldas.

—¿Y los siete nombres que me recibieron esta tarde, cerca de la ciudad?

—Eran vaqueros. Todos han salido ya por la ruta de California…

Elsa quedó muda y perpleja. Todas las cosas extrañas que había visto en Bruce Colbert quedaban pálidas al lado de esta situación inexplicable: que un hombre tan fabulosamente rico no guardara la menor precaución en aquella ciudad de los bandidos, que no tuviera guardaespaldas ni nadie que le protegiese era algo que escapaba a su comprensión. Sobre todo, después de ver, pocas horas atrás, como tema que deshacerse a batazos de un enemigo.

—Con su permiso, voy a continuar mi trabajo —dijo el negro inclinando la cabeza—. He de hacer esto todas las noches y a esta misma hora.

Elsa no había pensado encontrar tal clima de confianza alrededor de su persona. Iodo era más fácil de lo que suponía y, al parecer, no iba a encontrar dificultades para registrar, si eso le complacía, todos los rincones de la casa. Vio como Sam ascendía al piso superior por las escaleras de mármol y luego ella entró en el despacho.

Frank Wilson estaba sentado tranquilamente, examinando el Libro Mayor.

—Tienes que marcharte de aquí —advirtió Elsa—. Todo esto no es noble ni correcto.

—¿Nobleza? ¿Corrección? ¿De qué me estás hablando? ¿Tal vez no sabes quién es en realidad Bruce Colbert?

—Sé que estuvo en Texas como bandido bajo un nombre

supuesto: Fred Dawes. Sé que esta casa está instalada con el producto de sus robos. Precisamente su banda fue deshecha en rancho Wagner, cuando él intentó asaltarlo. Sé todo esto, pero no debo ser yo quien le hunda; ya le traicioné una vez.

Frank Wilson parecía divertido.

—¿Tú, hada? ¡Quién lo hubiese dicho!

—Necesitaba permiso para marchar de rancho Wagner. ¡Lo necesitaba para huir del acoso de aquella serpiente llamada Lótimer! Mi padre me lo prometió si yo hacía algo realmente extraordinario, y yo hablé de entregarle vivo o muerto a Dawes. Poco más tarde se me presento la oportunidad.

Frank dejó el libro en el cajón central de la mesa y luego lo ordenó todo para que no se advirtiese fácilmente el registro de que el mueble había sido objeto.

—Creo que tienes a tu flamante esposo una excesiva confianza. Es decir, aún le atribuyes una serie de virtudes que está muy lejos de poseer. ¿Has visto tú cómo se vive en Scoutville por la noche?

—No.

—¿Supones cuál es la verdadera existencia de Bruce Colbert?

—Tampoco.

—En tal caso te aconsejo que vengas conmigo. Podemos dar una vuelta por la localidad. Es muy aleccionador y refresca las ideas. Vas vestida, y si salimos
por’ esa
ventana nadie nos verá.

—¿Salir? ¿Ahora? Pero…

—¡Oh! Esto sólo en el caso de que quieras ver a Bruce. Si no lo deseas…

Elsa, como toda mujer, era curiosa. Y había tanto misterio y tanta fuerza de sugestión en la vida del hombre al que estaba unida, que algo instintivo y no controlado por su voluntad le hizo mover la cabeza de arriba abajo, afirmando.

—Sé que te sorprenderá —dijo Frank Wilson poniéndose en pie — que haya entrado aquí más o menos como un ladrón, registrándolo todo, en lugar de proveerme de una orden que me autorizase a hacerlo públicamente. Pero comprenderás mi actitud si te digo que pertenezco al servicio especial de Información del Ejército. El caso de Colbert o Bawes es tan peculiar que ha llamado

nuestra atención. ¿Quieres ver mis documentos?

—¿Para qué? Me consta que eres un capitán del ejército del Norte, y que no estás aquí en provecho propio. Pero mi obligación será advertir a Bruce de lo que está ocurriendo.

Frank Wilson sonrió.

—No te preocupes por eso. Muy pronto se lo diré yo mismo.

Salieron los dos por la ventana, que daba a un pequeño patio. Aunque el salto no fue difícil, ni mucho menos, pues estaban en una planta baja, Elsa no dejó de impresionarse al comprender lo absurdo de todo aquello, y lo ridículo de su posición teniendo en cuenta que al fin era una mujer casada.

—Una mujer casada tiene derecho a saber cuál es la vida de su marido, aunque éste sea tan extraño como Bruce Colbert. Y respecto a mi interés por acompañarte, Elsa, sólo tengo una cosa que decirte…

Estaban junto a un robusto árbol, cuyas ramas creaban en torno una zona de profunda oscuridad. La muchacha se vio sujeta por la cintura y apretada contra el tronco.

Los labios de Frank Wilson buscaron los suyos, Elsa los rehuyó, apretando su cabeza contra el pecho del hombre.

—Frank, no esperaba esto…

Mentía. Lo había estado esperando desde que oyó su voz en la habitación, casi desde que vio por primera vez a aquel hombre. Desde aquella fantástica noche en que él apareció para librarla de las garras de Lótimer. Elsa había comprendido que había en Frank algo de irresistible y poderoso, algo que la pondría en trance de ser suya en cuanto él se lo propusiese. Y ahora se lo había propuesto. Ahora sus manos acariciaban su cuerpo y sus labios buscaban su boca.

—Déjame, Frank. No debo olvidar que soy una mujer casada.

Más que verla adivinó su sonrisa en la oscuridad. Una sonrisa irónica, fría. Pero las palabras de Elsa produjeron su efecto, y Frank la soltó, limitándose a acompañarla tomándola del brazo.

—Perdóname. Es difícil controlar los nervios cuando se está delante de una mujer demasiado hermosa.

Salieron a la calle principal de Scoutville, que en aquel trecho estaba desanimada y carente de iluminación. Más allá comenzaba la parte alegre, con multitud de letreros alumbrando gran parte de la

noche y con puertas rutilantes que se abrían y cerraban a cada momento. Cinco saloons se concentraban en el pequeño espacio de unas trescientas yardas, y el bullicio que partía en esa zona hablaba bien a las claras del verdadero carácter de la ciudad.

A pesar de que entraban en zona iluminada, y a pesar de que algunos hombres se habían vuelto ya, al cruzarse con ellos, para admirar la rutilante belleza de Elsa, Frank Wilson no soltó su brazo. Parecía como si con ello quisiera desafiar a Bruce Colbert, a demostrar que era él quien se llevaba a la mujer cuando le venía en gana. Claro que aquello también podía ser interpretado como un ademán protector a fin de que ningún pendenciero se acercase a la muchacha, y Elsa quiso entenderlo así. Por ello no hizo ningún movimiento para retirar su brazo.

—Creo que tu flamante esposo seguirá en el Blue Saloon. Entraremos en él.

Frank Wilson empujó los batientes y entraron en el primero de los lugares de diversión de la calle. Éste se hallaba completamente tapizado de azul, y a ello debía su nombre. Al fondo había un escenario donde una mujer ya entrada en años cantaba con voz ronca. Los clientes se aburrían y lanzaban bufidos e incoherentes gritos.

—El público que asiste a esta clase de locales no gusta de las canciones —comentó Frank con una peculiar sonrisa irónica—. Espera ver el
can-can,
espera ver piernas. ¿Qué diablos le importarán los lamentos de ese ruiseñor jubilado?

—Frank se equivocaba ligeramente. El público del Blue Saloon no sólo quería ver piernas, sino mujeres hermosas aun cuando éstas fuesen tan discretamente vestidas como Elsa. Varios rostros se habían vuelto hacia la muchacha, y dos sanguinolentos contemplaban con fruición las curvas que modelaba su vestido.

Elsa no tardó en ver a su esposo. Bruce Colbert estaba sentado a una mesa, al fondo del local, y su actitud era intensamente reflexiva. Frente a él había una botella de ginebra con dos vasos y, al otro lado de la mesa, un tipo de unos cincuenta años, vestido con levita negra, camisa manchada de grasa y una chistera mugrienta. Su aspecto, no obstante, era solemne, y en aquel momento, mientras

escribía en un papel extendido sobre la mesa, parecía estar realizando una labor verdaderamente importante.

—Sentémonos allí —propuso Frank—. En aquella mesa del fondo.

—Podrá vernos si se vuelve —susurró la muchacha.

—¿Vernos? ¿Y qué? No te dejes nunca intimidar por ese bandolero, hada protectora de Texas.

Elsa no sabía qué pensar de todo aquello. Se daba cuenta de que había dado un paso en falso, al salir con Frank, y vagamente comprendía que ahora no tenía más remedio que aceptar las consecuencias hasta el fin. Por otra parte, bien era cierto que la curiosidad se había despertado en ella al ver a su esposo en aquella reflexiva y extraña actitud, sentado frente a un nombre que parecía tomar nota de todas sus palabras.

Tomaron asiento y Frank encargó una botella de *whisky*, una vez le dijo Elsa que ella tomaba cualquier clase de bebidas.

—¿Qué crees que hace Bruce? —preguntó la muchacha con un hilo de voz—. ¿Quién puede ser ese otro hombre?

El capitán nordista se pasó un dedo por los labios, muy suavemente.

—Hoy mismo he llegado a Scoutville y no conozco apenas a nadie, pero mucho me equivocaría si ese tipo con chistera y aspecto de borracho no fuese el notario de la población. Creo, bendita perla del Sur, que lo que tu flamante esposo está haciendo ahora es dictar testamento.

* * *

Salió el grupo de bailarinas de
can-can
y los hombres del Blue Saloon vieron piernas hasta hartarse. Los ojos inyectados en sangre iban como obsesionados del blanco muslo a la seda negra de las medias y al torbellino brillante de las faldas. Alaridos de entusiasmo escapaban de las gargantas, mientras las manos febriles se retorcían sobre las mesas. El número terminó, y las bailarinas tuvieron que comenzarlo de nuevo ante los gritos estentóreos de la muchedumbre. Volvió a terminar y los honores exigieron más y más, lanzando verdaderos berridos, para que las bailarinas repitiesen. Pero éstas se hallaban ya demasiado cansadas.

Saludaron una tras otra, con un hábil movimiento de piernas, y se retiraron por los lados del escenario. Un bramido de decepción acompañó su salida. Los borrachos buscaron otras mujeres en que distraer su atención, y uno de éstos vio a Elsa.

Era un tipo robusto, de unos veintiocho años, y todos sabían que pertenecía a una de las bandas más crueles de Arizona. Quizá por esto y porque varios compañeros suyos estaban también allí, nadie había respondido hasta entonces a sus bravuconadas y a los conatos de agresión que iniciaba para divertirse.

Se acercó lentamente a la mesa de Frank Wilson contoneándose, y se detuvo con los ojos clavados en Elsa.

—Hola, guapa.

Elsa no respondió, desviando los ojos. Frank Wilson se limitó a mirar al hombre de arriba abajo, sin prestarle más atención que a un gato cojo.

—Te he llamado guapa. Y ahora te llamo preciosa. Y chula. Me gustas, nena.

Su voz era gangosa, pero se adivinaba por el brillo acerado de sus ojos que no estaba tan borracho como parecía.

—No me gustan los moscardones —masculló Frank—. Vete a remolonear a otro sitio, ¿quieres?

El pistolero acercó su mano derecha al rostro de Elsa y lo acarició brevemente. La muchacha se retiró, lanzando un chillido, mientras el capitán Frank Wilson echaba un poco hacia atrás su silla y en todo el local se hacía un silencio instantáneo y tan espeso que parecía poderse cortar con un cuchillo.

—¿Es que quieres morir, cerdo?

El pistolero se retiró dos pasos, con las manos crispadas a la altura de las caderas. En sus ojos semicerrados se leía el odio, y una fría e indefinible decisión de matar.

De repente se escuchó una voz a pocos pasos, más hacia el fondo del local.

—Quieto, capitán Wilson. Este hombre es mío.

Todos volvieron la cabeza en la dirección de la voz y, en primer lugar, Elsa Wagner. Ella fue la más impresionada al ver moverse la alta figura de Brue Colbert, avanzando hacia el rufián como una amenaza fatídica. Ella sintió en su corazón una especie de frío al comprender que ahora era la Muerte la que había hablado por los

labios del hombre.

—No me gustan tus modales, Bruce Colbert —replicó el granuja acercando un poco más sus manos a las culatas de los revólveres—. Y sí es que la chica te importa algo, dilo ahora. Pienso llevármela esta noche a pesar de todo.

Bruce sonrió. La misma sonrisa amagar y despectiva —pensó Elsa—, pero tan cruel como una maldición.

—«Saca», Rawlins.

Si el así llamado había estado borracho alguna vez, los efectos del alcohol no influyeron para nada en sus movimientos y en la claridad de su cerebro. Como el cuerpo de una serpiente, su cintura se arqueó en el aire, mientras sus manos atravesaban en fracciones de segundo el espacio que les separaba de las culatas de los revólveres. Pero Bruce fue increíblemente más rápido. Era el hombre más rápido que Elsa había visto nunca, incluyendo al agilísimo Frank Wilson. El revólver derecho de Bruce llameó dos veces y el llamado Rawlins se crispó dos veces, también alcanzado en los dos hombros. Ambos revólveres cayeron al suelo con un ruido funerario.

Y entonces al Blue Saloon llegó la muerte.

# CAPÍTULO VIII

Rawlins no estaba solo. Casi toda la banda de que formaba parte se había congregado aquella noche en el local para ver a las chicas. Y ahora, al contemplar cómo uno de sus miembros caía inutilizado ante un hombre que ni siquiera se había dignado matarle, todos los forajidos reaccionaron de idéntico modo. Todos empuñaron sus armas y se dispusieron a acabar con Bruce Colbert, un hombre demasiado rico para merecer vivir.

—¡Cuidado, Bruce!

Fue Elsa la que le avisó, mientras sentía en su garganta una especie de escozor causado por la angustia. Bruce se volvió como un rayo y sus dos revólveres vomitaron plomo a la vez, mientras una cabeza se abrió en dos pedazos a unas yardas de distancias. Se arrojó al suelo y disparó contra otro hombre que se le aproximaba con el revólver levantado. El atacante cayó al suelo, llevándose ambas manos al vientre, y dio tres vueltas rapidísimas, increíbles, en menos de media yarda. Luego quedó quieto, rígido.

—¡Muere!

Era Brack, el jefe de la banda, el que había hablado. Tenía vientre de sultán, barbas de patriarca y alma de miserable. Su revólver se contaba entre los más rápidos de Arizona, y estaba seguro de qué Bruce Colbert, aun siendo el mismo diablo, no lograría esquivarle ahora. Aullando, apretó el gatillo. Aullando, entró en el Más Allá, con los ojos desorbitados, la boca entreabierta y mesándose las barbas negras.

Era Elsa quien le había dado el pasaporte para el último viaje. Con un movimiento que nadie hubiera sospechado en ella, había arrebatado el revólver reglamentario de la mano de Wilson, que no parecía dispuesto a intervenir, tirando con él tres veces como le

habían enseñado a hacerlo en rancho Wagner. Ella, que jamás había matado a nadie, acabó con Brack de tres tiros a la cabeza.

—¿Estás loca?

Frank le arrebató el revólver de un solo manotazo. Sus ojos dilatados por el asombro se clavaron en la muchacha.

—¿Quieres que te maten a ti también? ¿Es eso lo que pretendes?

Dos hombres pertenecientes a la banda de Brack se habían parapetado tras el mostrador. Uno de ellos disparó contra Elsa, y la bala pasó rozando su sien izquierda.

—¡Arrójate al suelo!

Elsa estaba atónita, como petrificada por el asombro y el miedo. Frank le dio un manotazo y la arrojó sobre las tablas. Su revólver reglamentario hizo dos disparos hacia el mostrador tras el que se parapetaban los dos cobardes. Uno de éstos sacó la cabeza, para responder al fuego, y Frank Wilson disparó por tercera vez, errando el tiro. Fue Bruce Colbert, semiarrodillado, quien hizo un solo tiro y alojó una bala en la frente del forajido.

Quedaba uno. Éste sacó por encima de la tabla las dos manos vacías, temblorosas por el miedo. Frank Wilson disparó con una fría sonrisa y le agujereó la derecha. El hombre debió de crisparse en una sacudida de dolor. Bruce Colbert se puso en pie.

—Sal de ahí. Nadie te hará daño.

El hombre se puso al descubierto, encogido de dolor. Todos vieron cómo Frank Wilson amartillaba nuevamente su revólver, pero Bruce le impidió disparar con un seco movimiento de su brazo.

—Ese hombre se ha rendido. No puedes disparar.

Frank bajó el revólver, pero no lo guardó en la funda. Bruce tampoco soltó las culatas. Elsa adivinó que iba a suceder algo terrible, y que de ese algo ella sería la culpable. Levantándose, empezó a retroceder hacia una ventana que tenía a su espalda, atónita, sobrecogida por la angustia.

—Eres muy aficionado a las mujeres, Frank Wilson. Siempre lo fuiste.

¿De modo, pensó Bisa, que aquellos dos hombres se conocían? ¿De modo que había algo en común entre Frank y el antiguo bandolero de Texas?

—Soy aficionado a todas las mujeres hermosas, Dawes… aunque pertenezcan a otro.

El hecho de haber llamado a Bruce Colbert por su antiguo nombre de bandolero indicaba que Frank Wilson le conocía bien. Indicaba asimismo que aquel encuentro vendría a ser una revisión de cuentas entre los dos.

Elsa oyó a continuación las extrañas palabras de su esposo. De momento le parecieron tan incomprensibles como una frase pronunciada en chino, pero se estremeció hondamente.

—Si querías llevarte a Elsa Wagner, Frank, podías haber esperado al menos el momento de mi muerte.

El capitán sonrió de un modo un poco burlón, apoyándose indolentemente de espaldas, ¿qué más da? ¿Qué importa un poco antes o un poco después?

Todo aquello aturdía a Elsa, que había llegado junto a la gran ventana abierta de la pared del fondo. En realidad, Frank hablaba como si ella ya fuese viuda y pudiera apropiársela tranquilamente. Bruce hablaba como si hubiese de llegar un momento en que él ya no podía defenderla. La crueldad de la situación anonadó a la muchacha.

—De todas formas, yo todavía estoy vivo, Frank Wilson. Y todavía soy capaz de darte una lección cada vez que la necesites.

Con un movimiento de hastío, soltó ambos revólveres, acercándose a Frank Wilson. Elsa vio como éste, que tenía las manos a la espalda, no se desprendía de su arma, sino que la empuñaba por el cañón. Segundos después se abalanzaba con el revólver en alto; dispuesto a asestar un culatazo al cráneo de su enemigo. La mujer chilló.

Bruce vio también la culata rasgando el aire, e hizo un rápido quiebro con la cabeza. El acero cayó sobre su hombro izquierdo, causándole un vivísimo dolor, pero sin herirle. En el mismo instante, sus dos puños fueron al encuentro del estómago del descubierto Frank Wilson. Éste se encogió, castigado, mientras un puño de Bruce, el izquierdo, caía igual que una maza sobre su nuca, y el derecho se preparaba al gancho. Un segundo después, Frank saltaba hacia atrás, con la mandíbula destrozada, al recibir el terrible impacto del puño derecho de Colbert.

—Espero, flamante capitán del Norte, que con esto tendrás suficiente.

Frank se incorporó poco a poco, limpiándose con el dorso de la

mano la sangre que brotaba de sus labios. Los golpes recibidos habían sido duros y hubiesen aplastado a cualquier otro hombre, pero cuando se puso en pie volvía a flotar en sus labios una sonrisa irónica.

—Esto, honorable Fred Dawes, no es más que un insignificante principio.

Y, con la cabeza baja, volvió a la carga. Pareció que se iba a lanzar sobre el estómago de Bruce y éste se cubrió para evitarlo. Pero, de repente, Frank se irguió, cambiando en fracciones de segundo su táctica de ataque. Los dos puños a la vez buscaron el rostro de Bruce, que ahora estaba descubierto, castigándolo con una violencia y una rapidez inauditas. El agredido, no repuesto aún de la sorpresa, se tambaleó. Frank le machacó con la izquierda el hígado, con la derecha el estómago y luego, alzando ambos puños con una velocidad centelleante, los incrustó en el mentón de Bruce, que cayó hacia atrás con los ojos en blanco, al borde del K.
O. Los
espectadores rugieron de entusiasmo, y el cerco alrededor de los dos contendientes se hizo más nutrido.

—¡Vamos! ¡Atizaos!

—¡Cuando los dos quedéis sin sentido seré yo quien se lleve a la mujer! —gritó un gracioso.

Este último estuvo a punto de tener razón. Bruce Colbert, lejos de darse por vencido, trató de incorporarse apenas sus espaldas tocaron el suelo. Frank Wilson saltó sobre él y le aplastó la cabeza contra el suelo, una y otra vez, mientras los rugidos de entusiasmo hacían estremecer las paredes del local. Bruce hizo una ágil torsión con el cuerpo y Frank salió disparado hacia atrás. En el aire, una pierna le alcanzó, haciéndole saltar como un pelele sobre el grupo de espectadores.

Ahora los alaridos se hicieron tan compactos como una nube de tormenta. Bocas entreabiertas y ojos relucientes rodeaban a los dos enemigos en espeso círculo, impidiéndoles elegir posiciones o rehuir al combate. Materialmente eran empujados uno contra el otro, excitando aún más la saña con que combatían.

—¡Los dos estáis igual! ¡Un par de golpes y acabáis en seguida!

—¡Pago una botella para el vencedor!

—¡Atízale tú primero, millonario!

—¡Deja sin cara a ese cochino nordista!

Las imprecaciones y los gritos aumentaban de una forma incesante, brutal. Bruce y Frank se lanzaron al ataque en medio del gesticulante corro. Los dos empezaron a cambiar golpes sin cubrirse apenas, atentos sólo a lograr un impacto que acabase con el adversario. La sanare resbalaba ñor sus rostros y sus movimientos eran ahora más fatigados y lentos. Cada uno lanzó su serie sin preocuparse de los golpes del otro, hasta quedar sin aire en los pulmones. Las gargantas de los que presenciaban el combate habían enronquecido ya.

Elsa, desde la ventana, no distinguía absolutamente nada. Las cabezas de los espectadores que formaban el círculo le impedían toda visión. Hubiese querido saltar, colocarse entre los dos hombres, pero su propia angustia le impedía todo movimiento. Ni siquiera se dio cuenta de que alguien se movía al otro lado de la ventana abierta, a su espalda.

Bruce lanzó una serie al rostro de Frank y éste cayó de espaldas, ensangrentado, ya al borde del «goggy». Fue en aquel momento cuando alguien puso un revólver en su mano derecha.

Frank le alcanzó y, con las facciones desencajadas por el odio se dispuso a hacer fuego, mientras a espaldas de Bruce se iniciaba un movimiento general de alarma. La bala restalló en el aire mientras Bruce saltaba.

Sintió junto a su cadera derecha el silbido frío de la muerte. Antes de que Frank pudiera disparar otra vez, ya Bruce le retorcía la mano. El revólver pasó junto a su cabeza, junto a su cuello sin que Frank pudiera disparar. Los espectadores estaban tan cerca de ambos contendientes, que recibían en el rostro su aliento. Por unos instantes el silencio fue absoluto, casi mortal. Luego se oyó un grito de Frank y el «tic» fatídico del revólver al caer al suelo.

Bruce Colbert lo recogió y se puso en pie lentamente, con él entre los dedos. Todos los espectadores se hicieron a un lado, dejando solo a Frank, derribado, a punto ya para pasar al ataúd. Bruce amartilló el revólver y luego, con un gesto de hastío, lo dejó caer.

Apartó a dos hombres de un seco manotazo y se dirigió hada el fondo del local, donde suponía a Elsa. Pero la muchacha ya no estaba allí.

# CAPÍTULO IX

Momentos antes, cuando alguien entregaba el revólver a Frank Wilson y se producía un revuelo general en la sala, Elsa había escuchado un ruido a su espalda, y pretendió volverse.

No llegó a tiempo de hacerlo. Una mano apretó su boca mientras otra la oprimía el cuello, impidiéndole la respiración. Antes que tuviera una idea exacta de lo que estaba ocurriendo, era sacada al exterior por la gran ventana abierta.

Un solo hombre la había raptado. Elsa, de espaldas a él y completamente inmovilizada por sus robustos brazos, no pudo ver quién era. A todo lo largo del porche no había nadie que pudiera defenderla, pues todos los transeúntes habían ido entrando en el Blue Saloon para ver lo que ocurría. Sólo dos borrachos dormitaban unas yardas más allá, ajenos a todo. Elsa se vio dominada por la desesperación.

—¡Suélteme! —Logró balbucir—. ¡Suél…!

Una mano se aplastó de canto, brutalmente, contra su nuca. Elsa perdió el sentido.

Al recobrarlo, se dio cuenta de que iba galopando junto a un hombre que la estrechaba por la cintura, mientras su mano la acariciaba ávidamente. Estaban solos en la pradera y ocultos bajo el misterio de la noche. Elsa sintió un ramalazo de horror, encogiéndose con todas sus fuerzas para saltar del caballo. Pero no lo consiguió; el hombre rió a su espalda. Elsa conocía aquella risa. Volvióse el rostro, llena de estupor, y pudo entonces reconocer a Lótimer.

* * *

El caballo estaba cansado de galopar, y el redoble de sus cascos se hacía más espaciado y sordo. Elsa sólo escuchaba el jadear de la bestia y la profunda, cálida y repelente respiración de Lótimer.

Llegaron a unas colinas rocosas y se internaron en ellas. Unos minutos más tarde llegaban a la entrada de una gruta, en cuyo interior brillaba una hoguera.

Lótimer detuvo el caballo y dio un empujón a la mujer, haciéndola caer. Elsa se desplomó de rodillas, con la sensación de que sus huesos se partían al violento choque. ¡Pero apenas tocó el suelo aún intentó huir arrastrándose, acompañada por las carcajadas de Lótimer!

Saltó del caballo, cayendo en pie junto a Elsa, que gritó cuando sintió en su rostro una nube de polvo levantada por las botas. Lótimer se arrodilló y la besó en la boca. Mientras Elsa arañaba el polvo, contorsionaba sus brazos, Lótimer la besaba ardientemente en la boca. Y en aquellos momentos la antigua propietaria de rancho Wagner deseó morir.

—¡Ya está bien, Lótimer! ¿Vas a acapararla para ti solo?

El hombre soltó a Elsa tan violentamente que ella quedó de espaldas en el suelo Una sombra alta y ancha había aparecido frente a los dos. Era la sombra de un hombre con un rifle.

—Me has dado un susto, Bums. Por un segundo he creído que era…

—¡Ajá! ¿Temes sorpresas?

—Lótimer miró la bien resguardada gruta y las rocas que la protegían por todas partes. No. ¿Qué sorpresa iba a temer?

—Nadie va a sorprendernos aquí, Bums. Ayúdame a entrar a la muchacha.

El hombre del rifle soltó su arma para poner las dos manazas sobre Elsa, que se estremeció impotente ante aquella figura gigantesca, ante aquellos ojos brutales y codiciosos a la vez. El llamado Bums la levantó sin ningún esfuerzo luego, estrechándola hasta ahogarla, la besó también en la boca. Elsa hubiese querido chillar, pero se lo impedían la angustia y la misma repugnancia. Lótimer, con los ojos pequeños como dos puntas de lápiz, contempló cómo su compinche besaba a Elsa. Nada dijo, aunque en aquel mismo momento decidió ya que Burns tenía que morir. Elsa sería para él solo, y no toleraría que ninguno de sus hombres se la

disputase.

—Bien. Es bastante. Ayúdame a entrarla, Burns.

Entre los dos, sujetaron a Elsa y la obligaron a penetrar en la gruta. La muchacha chilló con todas sus fuerzas, aun con la convicción de que nadie había de oírla. La noche ahogó sus sollozos, su desesperación. Los dos hombres la empujaron brutalmente sobre un lecho de hierbas.

La gruta era ancha y muy profunda. Aproximadamente en el centro ardía una fogata. Junto a ésta. Estaban acurrucados otros dos hombres.

Los ojos de Elsa fueron del rostro del Lótimer al de Burns. Éste era un típico bandolero de la frontera, un granuja sin escrúpulos y sin alma, capaz de cualquier villanía. Los oíros dos que estaban junto al fuego se diferenciaban poco de él. En cuanto a Lótimer, que lucía su misma sonrisa despectiva de siempre, no había duda de que era el jefe. Así había terminado la carrera que inició en rancho Wagner. Agrupando una banda para que actuase en la más infernal tierra del mundo: Arizona.

—Debéis marcharos a dar un paseo —dijo Lótimer—. Estorbáis aquí, por el momento.

Burns rió. Tenía una risa insolente y seca.

—¿No oís, muchachos? El jefe dice que estorbamos. ¿Qué os parece?

Los dos forajidos se aproximaban a Elsa. Sus ojos ávidos recorrieron lentamente cada curva y cada relieve de su cuerpo.

—Esto nos corresponde a todos, jefe. Nunca le hemos desobedecido, pero ahora hay mucho que discutir.

—¿Qué es lo que pretendéis?

Burns hizo una mueca con los labios.

—Que decida la suerte.

—Bien —Lótimer se encogió de hombros—. Pues… que decida la suerte.

Con un movimiento relampagueante «sacó» su revólver derecho, Burns, que ya aguardaba algo parecido, se echó hacia atrás y «sacó» también. Fue más rápido, más hábil. Su revólver estuvo en disposición de vomitar fuego antes que el de Lótimer.

—¡Muere!

Pero la bala no llegó a surgir. De repente, el revólver de Burns

dio un salto en el aire. Pareció animado de vida propia, igual que un pájaro.

Una detonación había sonado a espaldas de los cuatro hombres. Los cuatro volvieron la cabeza velozmente, atónitos, y Lótimer, además, volvió su arma, dispuesto a acabar con el que le había salvado la vida. Pero una segunda bala se la arrancó también de entre los dedos. El granuja se vio con la mano limpia aun antes de comprender lo que ocurría.

—¡Bruce Colbert!

En efecto, el hombre que había aparecido en la entrada de la gruta era el enigmático marido de Elsa. Con la camisa destrozada, sudoroso, huellas de sangre en el rostro, parecía, sin embargo, más terrible que nunca. El temible y famoso Fred Dawes, bandolero de Texas.

Uno de los secuaces de Lótimer hizo ademán de desenfundar protegiéndose tras el cuerpo de Burns. Esta vez Bruce no se entretuvo en preámbulos, y una bala de su revólver pesado le atravesó la cabeza.

—Esto no es más que una pequeña introducción —advirtió en voz baja—. Apártate de los otros, Lótimer.

El aludido, más pálido que si ya estuviera muerto, obedeció.

—¿Por qué me has salvado la vida?

Bruce sonrió burlonamente.

—Porque no quería ceder a nadie el honor de matarte, Lótimer.

Con un aullido, el joven desenfundó su revólver izquierdo. Aún le quedaban balas y una probabilidad de vivir. Aún le quedaba un medio de barrer a aquel hombre del mundo y hacer que Elsa fuera suya…, Con los dientes apretados «sacó» e hizo fuego. Lanzó un alarido al ver la sonrisa de su enemigo, la extraña y un poco triste sonrisa de Colbert. Tenía ya el corazón atravesado cuando hizo fuego, y en realidad su tiro no fue más que un estúpido aguijonazo al suelo. Cayó sin fuerzas, asombrado, pues no había sentido ningún dolor. Vio a su enemigo frente a él, alto y quieto. Vio por fin una llamarada negra y luego sintió un choque en la cabeza. Nada más. La segunda bala le había atravesado el cráneo.

Sólo dos hombres quedaban vivos, y mientras Bums trataba de dirigirse a la entrada de la gruta, su compañero, más audaz y decidido, se abalanzó sobre Elsa para amenazarla y emplearla como

rehén. La muchacha chilló al adivinar la maniobra, pero el hombre que cayó pesadamente junto a ella era un muerto.

Quedaba Burns. Más aterrorizado y perplejo que nunca, el forajido comprendió, sin embargo, que volver la espalda era lo peor que podía hacer en estos momentos. Bruce Colbert había venido para matar y acabaría con él sin dudarlo un segundo, con indiferencia y hasta con un poco de hastío. Por eso se lanzó sobre él con los brazos tendidos, en un intento desesperado para arrojarle al suelo y luchar cuerpo a cuerpo.

Lo consiguió a medias, pues Bruce no perdió el equilibrio del todo, Pero sí sintió desviado su revólver, al engarfiarse a su muñeca derecha las dos manazas de Burns. Al fin Bruce, no repuesto aún de la sorpresa, [1] cayó. Su enemigo, crispando los diez dedos, hizo presa en su garganta, apretando frenéticamente. Elsa vio volverse rojo el rostro de Bruce Colbert. Arrastrándose, trató de alcanzar el revólver de uno de los muertos y disparar contra Burns. Pero en el momento de asir la culata vio, como hipnotizado, que Colbert levantaba su revólver poco a poco, con una incomprensible calma, como si quisiera dar a su enemigo una oportunidad. A pesar de que la presión de los dedos de Burns en su garganta debía de ser terrible, Colbert no reflejaba en su rostro ningún dolor, igual que si aceptase de antemano la muerte. Por fin, cuando sus ojos se volvieron blancos, elevó un poco más el revólver. La pólvora del disparo volvió negro por completo el estómago de Burns, quien primero puso cara de ira, luego de estupor, hasta quedar sin expresión con las facciones rígidas, la boca abierta.

Bruce se libró de la terrible presión de aquellas manos y sostuvo el cuerpo del forajido, echándolo a un lado cuando se convenció de que en Burns no quedaba el menor hálito de vida. Luego se puso en pie. Acababa de matar a cuatro hombres.

—Te debo algo más que la vida —dijo Elsa en voz baja—. Pero a pesar de todo no puedo olvidar el modo cómo empuñas tu revólver. No puedo olvidar tus ojos cuando disparas, ni el movimiento de tu mano izquierda cada vez que amartillas el arma. Naciste para ser un asesino, Bruce Colbert, y lo serás toda tu vida.

El, sin contestar, la ayudó a ponerse en pie, y luego enfundó su revólver.

—Vamos —dijo sencillamente—. Scoutville está lejos.

En el exterior de la gruta se hallaba el caballo de Lótimer y un potro negro, babeante, en el que sin duda había llegado Bruce. Más allá, atados, había tres caballos más. Bruce les libró de sus sillas y riendas, y les dio libertad.

—Monta tú mi caballo —indicó a Elsa—. Yo tomaré el de Lótimer.

La muchacha no tuvo apenas fuerzas para subir a la silla. Bruce lo hizo de un salto, ajustándose bien los revólveres al cinto.

—No comprendo cómo diste con mi pista, Bruce.

—¿Tu pista? No tiene importancia. Había huellas frescas de caballo. Y cuando estaba a punto de desorientarme, oí tus gritos.

Volvieron a trotar en silencio. Luego Bruce quiso decir algo que le justificase de las cuatro muertes, como si hubiesen hecho efecto ahora, de repente, las palabras de Elsa.

—Lótimer era un bandido miserable, un aprendiz de cuatrero que hubiese muerto cualquier día en una de esas podridas rutas de Arizona. Pero era cruel y fanático. En poco tiempo adquirió fama de hombre que nunca cejaba en su propósito. Merecía la muerte.

Añadió en voz baja, inclinando la cabeza en una actitud tan humilde que parecía hipócrita:

—Y ahora está muerto. Rara perfección de la naturaleza. Merecía morir y está muerto. Descanse en paz.

Elsa sintió frío en la espalda, mientras un miedo que no sabía definir la estremecía. Bruce Colbert, el hombre a quien ella había traicionado, la tenía a su disposición. ¿Qué pretendía en realidad hacer con ella? ¿En qué consistiría su venganza?

—Muchos hombres deben morir en Arizona —continuó Bruce con la misma voz baja— para que esta tierra sea más limpia. Muchas mujeres deben acompañarlos para que esta tierra no sea tan perversa.

—Yo debería ser una de ellas, ¿no es cierto? —murmuró Elsa con un hilo de voz—. Te traicioné cuando creías en mí y tú piensas que volvería a hacerlo.

Bruce Colbert no la miró. Sus facciones estaban ahora pálidas, y sus labios se habían vuelto blancos.

—Me salvaste la vida hace poco, en el saloon. Eso lo lava todo.

—Pero yo maté a tú caballo. Y tú lo apreciabas como al mejor de tus amigos, ¿no es cierto?

—Acabo de decir que lo de esta noche lo lava todo.

No. Sus cuentas, con Bruce no estaban saldadas, pensó ahora Elsa bajando la cabeza. Aunque aquel hombre la asombrara; y aunque hubiese en su vida un misterio que le infundía temor, ella le había traicionado.

No podía mirarle, a los ojos y llamarle bandido sin sentir ella también vergüenza.

—Siento lo que hice —declaró—. Lo he sentido muchas veces. Y si algo me puede justificar, debo decirte que te traicioné porque de ese modo se me ofrecía la posibilidad de librarme de Lótimer la hiena…

—No te he preguntado por qué lo hiciste.

—Ni yo te he preguntado cuáles son los verdaderos, los auténticos motivos que te impulsaron a casarte conmigo. Qué es lo que pretendes hacer cuando volvamos a Scoutville y nos encerremos en la casa.

Bruce la miró. Había en sus ojos cierta sorpresa.

—¿Yo? Nada.

Elsa no estaba acostumbrada a que despreciasen su belleza. Y aunque aquello podía formar parte de un juego cruel de Bruce, no quiso dejar la frase sin respuesta.

—Hasta ahora, ningún hombre me había tratado con esa indiferencia, Bruce.

—Los hombres son increíblemente estúpidos.

Bruce trataba de hablar cínicamente, de mostrar la más absoluta indiferencia, ante todo, pero el instinto de Elsa adivinó que en cada una de sus palabras había dolor y ansiedad a un tiempo. Aquello, el misterio que le envolvía, fue lo que la acercó a él.

Puso su caballo junto al del hombre y luego cerró los ojos.

—Tienes que besarme —dijo inclinando el rostro—. Lo necesito.

# CAPÍTULO X

Scoutville brillaba en la noche como una tentación, como una ciudad maldita.

Todas las luces de sus locales de diversión estaban encendidas, resplandeciendo en su máxima intensidad. Todas las aventureras y todos los pistoleros de Arizona deambulaban ahora por sus calles. El oro corría a raudales sobre las mesas de juego y en los reservados de los *saloons*, donde mujeres hermosas brindaban con auténtico champaña francés. Y el hombre más rico y poderoso de aquella ciudad fatídica era Bruce Colbert, El verdadero amo de Scoutville era aquel hombre sucio y ensangrentado que ahora entraba en la ciudad a lomos de un derrengado caballo negro.

Elsa iba a su lado. Aún conservaba en sus labios el sabor del breve y extraño beso que él le diera cuando ella inclinó la cabeza, mirándole a los ojos. Y más fuerte que nunca sintió en su corazón el enigma de aquella hora ore a quien ella pertenecía y de quien sin embargo lo ignoraba todo, aquel hombre cuya sola presencia le hacía sentir e] placer más intenso de su vida y también la máxima consternación.

Llegaron a la casa. Bruce descabalgó de un salto y ayudo a apearse a Elsa.

Luego entraron. El inmenso *hall* tapizado de rojo produjo a la muchacha una impresión sorprendente y, cosa que antes no había sentido, tuvo por primera vez la sensación de que aquello era su hogar. Instintivamente, se apoyó en Bruce Colbert, y él no la rechazó.

Subieron la amplia escalinata de mármol. Elsa pensó en aquel momento en lo hermoso que sería poder llamarse limpiamente esposa de aquel hombre arrogante y joven, uno de los más guapos

que había visto en su vida, sin tener que pensar, por una parte, que él era un pistolero, y por otra parte que ella había traicionado de la forma más indigna. Amargamente se hizo la reflexión de que la dicha había terminado para ella cuando fue destruido rancho Wagner, y de que esta extraña situación actual, en la que la felicidad casi venda a la inquietud, no era sino un espejismo.

Miró a hurtadillas a Bruce y tuvo que confesarse que se estaba enamorando de él. Era un hombre más interesante y cautivador incluso que Frank Wilson. Y sobre todo le debía algo más que la vida. La vergüenza de haberle traicionado le hizo cerrar los ojos.

Llegaron a la puerta del dormitorio y entonces él estrechó su mano.

—Buenas noches, Elsa. Que tengas felices sueños.

Ella se apoyó en la puerta, mirándole fijamente. Sus labios entreabiertos dijeron al hombre algo que con palabras no se atrevía a formular.

—Estamos casados, Bruce…

No le importaba pertenecer a aquel hombre. Posiblemente no encontraría en su vida nadie que, a pesar de todo, le mereciese tanto. Se acercó un poco a él y apoyó la cabeza en su pecho, pero Bruce, a pesar de la tierna caricia, siguió inconmovible.

—¿Es que a pesar de todo lo sucedido entre nosotros no crees posible amarme un poco?

El apretó los labios. Se adivinaba por su intensa respiración, el esfuerzo que hacía para dominarse. Elsa enlazó su cintura. Y entonces él habló, casi escupiendo las palabras, y como si en el mismo instante de pronunciarlas se arrepintiera ya de lo que estaba diciendo.

—Te amé desde que te vi por primera vez en rancho Wagner, aquella maldita noche. Desde entonces he deseado besarte, tenerte entre mis brazos y sentir tu respiración en mis labios. A pesar de tu traición eres la única mujer a la que he deseado. Y en el momento en que me vendiste, mientras te insultaba, mientras deseaba tu muerte, estaba pensando que eras demasiado hermosa para morir. Es lo mismo que pienso ahora, Elsa Wagner: eres demasiado hermosa para morir. No te unas a mi destino ni siquiera esta noche; es necesario que le conserves intacta porque tu vida aún está por empezar.

Elsa abrió mucho los ojos, asombrada.

—¿Mi vida? Pero ¿y la tuya? ¿Es que piensas morir esta noche, Bruce?

El se encogió de hombros, con un ademán de cansancio.

—Los hombres mueren cuando deben morir. Y es inútil pretender evitarlo.

Abrió la puerta para que Elsa pudiese entrar. Y entonces sus párpados sufrieron una sacudida, al mostrarse ante sus ojos la alcoba. Ésta se hallaba completamente desordenada, con las ropas del lecho levantadas, triturado a machetazos el colchón, abiertos los cajones de la cómoda y desparramadas las ropas que éstos contenían… Con una mueca de estupor, que en seguida se transformó en una expresión firme y decidida, cerró la puerta y bajó rápidamente al *hall*, por el que se entraba a su despacho. Lo abrió y pudo ver idéntico desorden. Y algo más: Sam, su criado negro, estaba caído de bruces en el suelo, muerto, con una cuchillada en la espalda.

Bruce cerró la puerta también, consternado, mientras Elsa descendía rápidamente.

—Bruce, ¿qué ocurre?

—Nada. Han registrado dos habitaciones de la casa. Aquéllas en que suponían podía haber dinero.

—¿Y… Sam?

Bruce se frotó las manos, dominado por el nerviosismo.

—Muerto.

—¿Quién puede haber cometido una canallada semejante? ¿Y por qué?

—El «porqué» puedo contestártelo ahora: para robarme. Y en cuanto al «quién» creo que los machetazos que todos los muebles presentan me han dado la respuesta: esto no puede ser obra más que de Suárez, el mexicano…

Elsa había oído nombrar a aquel hombre dos veces. Y las dos relacionado su nombre con la palabra «sangre».

—Deberlas… Deberías tener una escolta. Necesitas…

—No necesito nada. No necesito una escolta. Enciérrate en tu habitación, Elsa.

La muchacha no obedeció. El, sin mirarla, extrajo sus revólveres y repuso las cápsulas que faltaban hasta completar los cilindros.

Luego dio media vuelta, dirigiéndose a la puerta de la calle.

Elsa, como hipnotizada, le siguió. Si aquélla era la vida cotidiana de Bruce, estaba en Scoutville peor que en el infierno. Le vio salir a la calle y dirigirse presurosamente hacia el Ketty Saloon, por su aspecto el más populachero de la ciudad. Bastaba ver el ritmo de los pasos de Bruce para comprender que iba a recibir o a administrar la muerte.

Varios hombres que bebían y fumaban en los porches quedaron inmóviles al verle pasar. Y también ellos, como hipnotizados, abandonaron sus puestos para seguirle, Elsa vio los ojos fanatizados de aquellos hombres, vio sus bocas torcidas en una especie de rictus de placer, y adivinó que estaban contemplando a su rey, un rey que todas las noches tenía que defender su trono a golpes de gatillo. El orgullo se mezcló al dolor en el corazón de Elsa. El orgullo porque Bruce era suyo y porque la había elegido como compañera. Y el dolor por esta vida miserable e indigna en que le veía envuelto, más indigna y más miserable por cuanto no adivinaba sus verdaderas causas.

El breve cortejo llegó en silencio al Ketty Saloon. Bruce, el pistolero, empujó los batientes y penetró en el local. Elsa y varios hombres se quedaron en la entrada.

Suárez estaba en el centro del saloon, bebiendo de pie en compañía de dos de sus hombres. Vestía ropas chillonas y llevaba el pecho cubierto de medallas, ganadas, al parecer, en las guerras civiles de su país. Al cinto llevaba un machete y un revólver.

Sus dos compinches iban vestidos de igual manera. Se apartaron instantáneamente de él al ver entrar a Bruce.

—Vengo a presentarte mis respetos, Suárez —dijo éste en voz alta—. Y a pedirte una opinión.

El mexicano acercó al revólver su mano derecha.

—¿Cuál, gringo?

—Quisiera saber cuánto te parece a ti que me darán mañana por toda esa chatarra que llevas en el pecho.

La mano derecha de Suárez sufrió una sacudida, pero inmediatamente se rehízo, logrando incluso que en sus labios apareciera, una sonrisa burlona.

—Eso depende, gringo. Pueden darte la piel de repuesto que vas a necesitar, pueden no dártela.

—Me la darán, Suárez. Y hasta obtendré una buena almohada de plumas de buitre para tu ataúd. ¿Te costó mucho matar al pobre Sam?

—¿Sam? ¿Yo?

Las dos manos de Bruce sufrieron una sacudida.

—Soporto a los asesinos, pero no a los comediantes.

—Suárez. ¡Defiende tu perra vida, si es que sabes hacerlo cara a cara!

—¿Ya? ¿Cara a cara? ¿De qué otro modo quieres que lo haga, gringo?

Los dos mexicanos que acompañaban a Suárez se pusieron en movimiento antes que su jefe. Los dos se arrojaron al suelo, uno a cada lado, mientras desenfundaban sus armas. Bruce se movió, contorsionándose en el aire, y fue en aquel momento cuando Elsa se dio cuenta realmente de que su marido había nacido para ser un pistolero. ¿Cómo, si no lo llevase en la sangre, hubiese podido tirar de aquella manera? ¿Dónde había aprendido aquel endiablado arte, sino en las rutas de diligencias de Texas? Su revólver se movió casi a la vez en dos direcciones, crepitando en fracciones de segundo a derecha e izquierda. Los dos mexicanos quedaron en el suelo, atravesados, recibiendo uno plomo en la cadera y el otro en el brazo derecho. Suárez, rugiendo, extrajo su revólver e hizo fuego con él. Bruce, que comprendió que no podría ser lo bastante rápido, se había arrojado ya al suelo. La bala pasó alta, rozándole la cabeza.

—¡Buen bailarín, gringo!

—¡Buen granuja, Suárez!

Los dos dispararon a la vez, apretando los dientes y con un rabioso deseo de matar en sus ojos. Bruce fue más certero y más rápido. La bala se alojó en el pulmón derecho de Suárez y éste cayó al suelo lanzando un gemido, mientras sus balas se hincaban en las tablas del suelo como una larga hilera de botones.

—Buen tiro…, perro gringo.

Levantó su revólver y estuvo a punto de disparar otra vez contra Bruce, que se había puesto en pie y le contemplaba con el revólver humeante entre los dedos, sin hacer fuego nuevamente a pesar de que hubiera podido rematar fácilmente a su enemigo. Éste escupió una bocanada de sangre y se puso lentamente en pie.

—¿Quieres… pelear… a machete, gringo?

Bruce le volvió la espalda y se dirigió a la barra del saloon, donde se alineaban los hombres contemplando fanatizados la escena. Había allí botellas y vasos a medio consumir. Bruce escogió uno de ellos, casi lleno de ginebra y, con él en la mano, avanzó hasta Suárez, tendiéndoselo. El mexicano lo aceptó, bebiéndolo de un trago. Luego se puso a toser…

—Celebro no haberte matado, Suárez —murmuró Bruce Colbert —. Ni a ti ni a tus hombres. Ahora comprendo que un tipo que lucha como tú lo haces no pudo matar a cuchilladas a un viejo como Sam. Vete a un reservado y haz que te curen, Suárez.

El mexicano le miró fijamente, con una expresión burlona en sus labios llenos de sangre.

—Yo, en cambio, tiré a matar, gringo. Lo hice porque me gusta. Puede que si me enfado te clave plomo en la frente en cuanto yo escupa esta bala. O puede que te convide a una botella. Es una lástima que un tipo como tú tenga que servir de cabeza de turco, gringo.

—Eres muy inteligente. Pero no hables más y lárgate ya, Suárez.

El agudo instinto de Elsa había captado ya, sin embargo, las palabras decisivas en aquella breve conversación: «Es una lástima que un tipo como tú tenga que servir de cabeza de turco». Y aunque no entendió su sentido, ellas hicieron que mirase a Bruce con ojos de asombro. Más que nunca, el misterio que rodeaba su vida, se le hizo patente, palpable casi.

Suárez estuvo a punto de caer, y Bruce le sostuvo. Dos hombres más, al ver que la pelea había terminado, acudieron en auxilio del mexicano.

—Yo sé quién entró en tu casa, y tú debes saberlo también, gringo. No hay necesidad de que reflexiones demasiado. Cuídate, rata del Norte. Bebe buenos licores mientras vivas.

Sufrió un desvanecimiento y fue llevado en volandas a uno de los reservados del fondo del saloon. Un tipejo pequeño, vestido de negro, con aspecto de médico y sepulturero, todo a un tiempo, se despegó del grupo de curiosos y fue tras el herido. Los dos compañeros de éste habían sido ya recogidos también.

Bruce salió a la calle, sin mirar a ningún lado. Elsa se pegó a él cuando estuvieron fuera.

El no le preguntó nada. Sorprendentemente, lo único que hizo

fue mirarla y acariciarle con suavidad los cabellos. Pero en su gesto hubo más compasión que amor, o al menos eso le pareció a Elsa. En cierto modo, su ademán fue como una despedida.

Llegaron a la casa, que a la muchacha le pareció más grande y sombría que nunca. Entraron, y Bruce cerró con llave la puerta tras la que yacía Sam. Luego volvió a acompañar a Elsa hasta su habitación, y ahora ella no se atrevió a despedirse. Entró en silencio y se dejó caer sobre el lecho destrozado, llorando.

* * *

Tuvo la sensación de que había transcurrido mucho tiempo. A su llanto había sucedido un sopor que le hizo perder la noción de las horas. Vio con extrañeza que por la ventana se filtraba una luz muy tenue y fina, precursora del alba. Trató de levantarse y se dio cuenta entonces de cuán agotada estaba. Pero algo la sobre saltó, haciéndola ponerse en pie casi bruscamente; la planta baja sonaba un piano. Y sonaba bien, con una armonía suave y dulce, que sólo unas manos muy experimentadas y muy sensibles eran capaces de lograr.

Dominada por el asombro, abrió la puerta y, por las señoriales escaleras, descendió al vestíbulo. Su sorpresa llegó entonces a límites inconcebibles, al ver que era Bruce Colbert quien tocaba.

Todo en el hombre parecía haberse transfigurado. Sus dedos se deslizaban suavemente sobre las teclas, mientras había en sus ojos una tristeza imposible de descifrar. Elsa llegó junto a él y, como hipnotizada por aquella música, le puso una mano sobre el hombro derecho. Todo cambió en Bruce al sentir el contacto de aquella mano; sus facciones quedaron rígidas y sus ojos se hicieron otra vez impersonales, fríos.

—No debiste haber venido —reprochó—. Me había despedido de ti.

—¿Despedido? ¿Por qué?

El la miró a los ojos. Fue en aquel momento cuando Elsa se dio cuenta de que le amaba. De que le amaba a pesar de todo, y de que él era el hombre de su vida, aun en contra de su voluntad, desde el primer momento en que le vio. Con una brutal desesperación, sus labios fueron en busca de los del hombre. Fue ella la que le besó, la que buscó en sus labios el consuelo para un dolor que sabía

insondable. Sus manos apretaron la cabeza del hombre y se hundieron en sus cabellos en una larga y férvida caricia.

Luego él se apartó. Se dio cuenta de que sus manos habían apresado también los hombros femeninos, y las retiró suavemente.

—Frank —dijo sólo—. Frank Wilson.

Ella tuvo un estremecimiento.

—No le he amado nunca —susurró—. El me salvó una vez. Es un hombre inquietante, sugestivo, en muchos aspectos parecido a ti. Un hombre que no se olvida. Pero jamás ha habido nada entre los dos.

Añadió en un susurro:

—Te lo juro…

—No tienes que jurarme nada. No te lo he pedido.

Bruce se puso en pie. La luz que entraba por los ventanales iluminaba ahora completamente el *hall*. Elsa se acercó a él y se apretó contra su espalda.

—Bruce, aún es tiempo de vivir. En los corazones existe el olvido porque es necesario, porque es justo. Aún estamos a tiempo de ser el uno para el otro sin recordar nuestro pasado.

Bruce se volvió y, sujetándola por la barbilla, la besó en los labios, en las mejillas, en el cuello. Pero todo ello muy suavemente y casi sin rozarla. Todo esto fue, más que nunca, una despedida. Elsa, sin saber explicárselo, se puso a llorar.

—No llores, muchacha. Ahora eres ya la mujer más rica de Scoutville. Aprovecha bien el dinero. Sé feliz.

Elsa iba a contestar cuando se lo impidieron dos recios golpes propinados en la puerta. Bruce abrió para encontrarse de manos a boca con Frank Wilson. Éste venía vestido de uniforme, y había en sus labios una mueca irónica.

—¿Prevenido, Bruce?

El interpelado miró al recién venido con una expresión extraña. Elsa comprendió entonces que algo les unía a los dos y que, en realidad, viendo al uno se pensaba, no se sabía por qué motivos, en el otro.

—En todo esto hay algo que no sabré perdonar, Frank.

—¿Qué?

—Lo de Sam. Pasasteis de la raya. Creí que había sido Suárez y le herí. He estado toda la noche pensando en eso y tendrás que

pagarlo, Frank.

Encogiendo el brazo derecho, lanzó un terrible gancho al mentón del capitán, que salió disparado hacia atrás, hacia la calle. Bruce, como disparado por una catapulta, saltó sobre él. Sus puños le cazaron en el aire antes de que cayera, y un fulminante puntapié al mentón lo envió al centro de la calle, medio exánime, con la cara bañaba en sangre.

Pero Frank Wilson no era flojo, y lo demostró poniéndose en pie al instante. Saltó a su vez y los dos enemigos se encontraron en el centro del arroyo, cuerpo a cuerpo, los puños dispuestos a luchar hasta el fin. Ciegos, con una increíble saña, dispuestos a todo, empezaron a golpearse. Series alucinantes recorrieron sus rostros, destrozándolos, tapizándolos de huellas sangrientas sin que ninguno de los dos enemigos cediera. Elsa, en la puerta, estaba tan aterrorizada como si recibiera los golpes ella misma. Chilló, pero ninguno de los dos le hizo caso. Los golpes eran brutales ahora, y ni Bruce ni Frank parecían dispuestos a ceder. Por fin, ocurrió algo: un séquito compuesto de cinco jinetes uniformados se acercó al trote. El que lo mandaba llevaba uniforme de general del ejército nordista.

Detuvo su caballo ante los contendientes e hizo una señal. Los dos antagonistas cesaron de golpearse. Y entonces Bruce Colbert realizó algo que a Elsa le pareció increíble, absurdo: se cuadró militarmente y saludó al general.

—Teniente Bruce Colbert, del XI de Caballería. A sus órdenes, señor.

El general respondió al saludo.

—¿Desea que formemos el piquete aquí mismo, Colbert? La sentencia dice que la ejecución deberá ser pública, para ejemplo de todos.

—Puede formarlo aquí, señor.

Elsa ahogó un grito. ¿Qué era aquello? ¿Qué significaba? Como una loca fue a correr hacia Colbert. Pero la detuvo de repente la mirada dolorosa, lejana ya, de los ojos de éste.

—Estaba condenado a muerte desde antes de casarme contigo, Elsa. La sentencia debe cumplirse hoy. En realidad, busqué esposa para poder dejar mis bienes a una mujer pobre, cuya vida hubiese sido destrozada por la guerra. Y te elegí a ti porque…, porque…

Uno de los soldados, que se había apeado del caballo, le desgarró la camisa.

—¿De frente?

—Claro. ¿Qué te has creído?

Elsa se adelantó. Sus dedos crispados trataron de sujetar a Bruce.

—Llegué aquí procedente de Texas —continuó diciendo éste con voz fría, que trataba de ser serena—, y con el dinero de que era portador, y que había ido escondiendo durante mis asaltos, organicé un negocio que ha rendido beneficios. Éstos son tuyos, Elsa. El capital con que empecé, doscientos mil dólares, pertenece al Gobierno.

—Bruce Colbert pretende —declaró el general— que el Servicio de Información le confió, por medio del capitán Frank Wilson, la tarea de organizar una guerrilla que operase a retaguardia, como simples bandoleros de los que nadie se ocupase, recogiendo informes del enemigo y expoliando aquellos ranchos donde sabíamos se ocultaban fondos del Sur en viaje hacia las pagadurías de guerra. Pero de esa misión, excepcionalmente secreta —sonrió con ironía— no había pruebas escritas. Sólo la palabra de dos jefes del servicio que murieron en una emboscada, y la del capitán Frank Wilson. Pero éste negó en el juicio que a Bruce se confiase tal misión. Dijo que se había convertido en bandolero con el nombre de Fred Dawes para enriquecerse gracias a la guerra, y esa declaración fue suficiente para condenarle. Si usted se pregunta por qué le dejamos en relativa libertad hasta ahora, le contestaré que esta comarca está infestada de bandidos y que es misión del ejército acabar con ellos mientras no se suprima la ley marcial. El teniente Colbert dio palabra de honor de no huir, y como militar fue creído. Con esto intentamos que los temidos bandidos intentasen robarle y él fuese acabando con ellos. Ha servido de cabeza de turco, constituyendo esto su último servicio. ¿He disipado sus dudas, señora? Y ahora tenga la bondad de retirarse para dar lugar a la ejecución.

Elsa Wagner, con los ojos desorbitados a causa del asombro, miró intensamente a Wilson. Todo encajaba con una mágica claridad dentro de su cerebro. Fred Dawes procuraba no causar víctimas en los ranchos, y sólo robaba el dinero que en éstos había oculto. En rancho Wagner se custodiaban fondos sudistas; eso fue lo

que su padre intentó decirle antes de morir. Había respetado la suma total de doscientos mil dólares, fondos del enemigo que según él pertenecían al Gobierno de Washington… ¿Y Wilson por qué lo negaba? ¿Por qué…?

Sus ojos consternados recorrieron la figura del que ya le parecía un miserable. Vio entonces que de un bolsillo de su abierta y destrozada guerrera se deslizaba algo: ¡un collar de brillantes! ¡Una pieza demasiado valiosa para separarse de ella un solo momento! La claridad con que lo vio todo hizo daño en el cerebro de Elsa: ¡Era Frank Wilson el que aquella trágica noche asaltó su rancho! ¡Sin duda, el individuo que se quedó junto a la puerta, y a través de cuya máscara ella creyó adivinar algo familiar! ¡El, con un grupo de hombres escogidos, había abandonado su compañía por unas horas, cambiando de ropas y buscando en rancho Wagner el oro del Sur que Bruce Colbert no había podido hallar, por haber sido deshecha su banda! ¡El era el asesino de su padre! ¡A él se debía todo! ¡Todo! Estuvo a punto de saltar, y entonces Frank Wilson se dio cuenta de la dirección que seguían los ojos de la muchacha. Con una mueca de rabia, desenfundó el revólver.

—¡No podrás contar nada, maldita! ¡No podrás utilizar esta prueba!

Disparó, y Elsa tuvo que encogerse, con un gemido, al recibir el balazo en el pecho. Frank fue a hacer fuego otra vez y entonces Bruce, desenfundando el revólver que no le había sido arrebatado aún, cerrando los ojos y con un rictus de dolor en los labios, sólo por salvar a Elsa de la muerte, disparó sobre Frank una, dos, tres, cuatro veces…

# EPÍLOGO

En el último momento Frank había dirigido su revólver contra Bruce, y Elsa trató de protegerle con su cuerpo, recibiendo una rozadura de bala, pero esta vez insignificante.

Se enteró de ello cuando ya estaba en el lecho, cuidada por un médico y atendida por Bruce y dos militares nordistas, uno de ellos el general. Éste la contemplaba con una sonrisa benévola.

—Ha estado usted una hora sin conocimiento, hija. Lo que pareció iba a decir sobre Frank Wilson, y la actitud de éste, nos hizo modificar nuestro criterio. Hemos capturado a dos individuos de su compañía, que estaban apostados sin permiso en las afueras de la población, y uno de ellos ha hablado ya. Frank había hecho en varios ranchos lo que hizo en el de usted, culpándose luego a Dawes.

—Entonces es cierto que… la misión que se encomendó a Bruce…

—No podemos dudarlo, hija. Uno de los secuaces de Frank ha reconocido que se le oyó decir a éste. Lo único que no comprendo es por qué usted, teniente, no se defendió con más energía ante el Tribunal, cuando se le citó hace unos quince días. Bastó que Frank declarase que no eran ciertas sus afirmaciones para que usted se diese por vencido, sin buscar otras pruebas, sin…

Bruce bajó los párpados, y cruzó por su rostro una nube de tristeza.

—Frank era mi hermano —dijo con voz casi inaudible, con un suspiro de dolor—. Estudiamos en West Point con poca diferencia de años, pero luego él, a causa de su mala vida, fue desheredado por, nuestro padre. Enojado, logró una renuncia a su apellidó y empleó únicamente el de nuestra madre. Nunca más volvió a decir

que éramos parientes. Me odiaba, a pesar de haber renunciado yo a mi parte de la herencia. Cuando el Servicio de Información me encomendó por medio de él aquella misión especialísima, creí que él había cambiado y confié absolutamente, pero en realidad esperaba hundirme. Yo no podía defenderme sino acusándole a él de haber matado a los dos miembros del Servicio de Información destruidos los documentos que probaban mi trabajo, asaltado ranchos… Y había jurado no hacerlo ante nuestra madre, cuando ella iba a morir. Había jurado velar por Frank, y hasta las veces que me peleé con él, al saber que había venido a robar a esta casa y que trataba de arrebatarme la mujer que yo amo, sentía como un dolor en mi propio rostro a cada golpe que le propinaba…

Sus manos se cerraron sobre las de Elsa y ésta, anegados sus ojos en lágrimas, las besó. Fred Dawes, el pistolero, había muerto. Su marido se llamaba Bruce Colbert. Era un hombre nuevo, un hombre que acababa de nacer y al que su abnegación y su lealtad dotaban de un temple único. Atrajo hacia ella la cabeza del hombre y la acarició vehemente, con toda el ansia de su corazón.

—Marcharemos de esta casa, Bruce. Lejos de aquí Nos conocimos en Texas, donde reside la muerte, y nos amamos en Arizona, donde los recuerdos no nos dejarían vivir. Vayamos a California, tras los rebaños. Allí descansaremos nosotros, donde descansa el Sol…

Y él dijo que sí con los ojos. Y también besó sus manos, y también se aproximó, hasta que se encontraron sus labios.

FIN